

# REESCRIBIR A

# ALICE MUNRO:



*Experimentos  
de lectura creativa con  
Flannery O'Connor,  
Ernest Hemingway,  
Julio Cortázar y Ana María Shua*

Sin-H: Semillero de Investigación en Narrativa y  
Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT





# REESCRIBIR A ALICE MUNRO:

*Experimentos  
de lectura creativa con  
Flannery O'Connor,  
Ernest Hemingway,  
Julio Cortázar y  
Ana María Shua*

---

Reescribir a Alice Munro: experimentos de lectura creativa con Flannery O'Connor, Ernest Hemingway, Julio Cortázar y Ana María Shua / Carolina Vásquez Villegas; Juan Pablo Pino Posada, editor literario, Danielle Navarro Bohórquez, editor literario. – Medellín : Universidad Eafit. Vicerrectoría de Descubrimiento y Creación. Centro de Publicaciones, 2021

1 recurso electrónico (102 p.)

Datos electrónicos (1 archivo : 1.1 megabytes)

ISBN 978-958-5145-06-1

1. Munro, Alice, 1931- Crítica e interpretación. 2. Escritura creativa. 3. Arte de escribir. 4. Cuento. 5. Lectura. I. Vásquez Villegas, Carolina. II. Pino Posada, Juan Pablo, edit. III. Navarro Bohórquez, Danielle, edit. IV. Tít.

808.3 cd 23 ed.

E96

Universidad Eafit - Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

---

*Reescribir a Alice Munro: experimentos  
de lectura creativa con Flannery O'Connor, Ernest  
Hemingway, Julio Cortázar  
y Ana María Shua*

© Juan Pablo Pino-Posada y  
Danielle Navarro-Bohórquez (editores)

© Centro de Publicaciones Vicerrectoría de  
Descubrimiento y Creación

**ISBN** 978-958-5145-06-1

**DOI:** <https://doi.org/10.17230/9789585145061>

**Primera edición**

Medellín, mayo de 2021

**Diseño y diagramación**

Oblicuo

**Ilustraciones**

Alejandro Metaute Arango

**Corrección de estilo**

Yenny León

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra debe hacerse bajo los términos de la licencia





# Índice

<b>Prólogo: Qué es este libro y cómo usarlo</b>	<b>07</b>
<b>1. Alice Munro según Alice Munro: reescrituras de “Ficción” y “Vida querida”</b>	
Poética de Alice Munro	
<i>Jessica Ramírez y John Franco</i>	<b>12</b>
Reescritura de “Ficción”	
<i>Jessica Ramírez</i>	<b>14</b>
Reescritura de “Vida querida”	
<i>John Franco</i>	<b>17</b>
<b>2. Alice Munro según Flannery O’Connor: reescrituras de “Noche” y “Madera”</b>	
Poética de Flannery O’Connor	
<i>Juan Carlos Gutiérrez y Yaneris Vacca Jimeno</i>	<b>26</b>
Reescritura de “Noche”	
<i>Yaneris Vacca Jimeno</i>	<b>28</b>
Reescritura de “Madera”	
<i>Juan Carlos Gutiérrez</i>	<b>34</b>
<b>3. Alice Munro según Ernest Hemingway: reescrituras de “Pasión” y “Lo que se recuerda”</b>	
Poética de Ernest Hemingway	
<i>Danielle Navarro y Maria Camila Alzate</i>	<b>52</b>
Reescritura de “Pasión”	
<i>Danielle Navarro</i>	<b>54</b>
Reescritura de “Lo que se recuerda”	
<i>Maria Camila Alzate</i>	<b>61</b>
<b>4. Alice Munro según Julio Cortázar: reescrituras de “Las lunas de Júpiter” y “El sueño de mi madre”</b>	
Poética de Julio Cortázar	
<i>Carolina Vásquez y Valentina Jaramillo Appleby</i>	<b>68</b>
Reescritura de “Las lunas de Júpiter”	
<i>Carolina Vásquez</i>	<b>69</b>
Reescritura de “El sueño de mi madre”	
<i>Valentina Jaramillo Appleby</i>	<b>76</b>



5. Alice Munro según Ana María Shua:  
microrreescrituras de “Dimensiones” y “Llegar a Japón”

Poética de Ana María Shua	
<i>Danielle Navarro</i>	82

Microrreescrituras de “Dimensiones”

Poema	
<i>Danielle Navarro</i>	83
Lista	
<i>Juan Pablo Pino</i>	85
Definición	
<i>Valentina Jaramillo Appleby</i>	87
Horóscopo	
<i>John Franco</i>	88

Microrreescrituras de “Llegar a Japón”

Instrucciones	
<i>Jessica Ramírez</i>	89
Lista de equipaje	
<i>Jessica Ramírez</i>	91
Cuento	
<i>Juan Carlos Gutiérrez</i>	92
Receta	
<i>Juan Carlos Gutiérrez</i>	93
Aforismo	
<i>Carolina Vásquez</i>	95

Bibliografía

Autores



# Prólogo

Qué es este libro y cómo usarlo

Este libro surge del interés por indagar en las posibilidades creativas del estudio de una obra literaria. ¿Podemos dar cuenta de la comprensión de un relato a partir de la escritura de otro? En el Semillero de Narrativa y Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit hicimos el ejercicio de creer que sí y nos embarcamos en el experimento de estudiar a Alice Munro mediante la propia confección de textos narrativos. Cada cuento leído de la autora canadiense dio lugar a otro cuento, escrito esta vez por un semillerista. Quisimos explorar un tipo de hipertexto adicional que se sumara a los ya clásicos metatextos de la reseña, el comentario hermenéutico, el artículo científico, y que, como ellos, fuera la materialización de una ganancia epistemológica a propósito del contacto con el texto semilla.

Cada nuevo cuento, ahora bien, tuvo que cumplir con dos condiciones. En primer lugar, el semillerista se sirvió del universo narrativo, esto es, del mundo ficcional, provisto por el relato munroniano. Por lo general, de dicho universo se extrajo la porción decisiva de la fábula (el momento justo de la traición, de la confesión, de la epifanía, del asesinato), pero también hubo casos en los que el material usado fue el estiramiento de algún hilo argumental bajo la forma de precuelas y secuelas plausibles (la prehistoria no contada de una depresión, el pecado futuro de un personaje secundario). La segunda condición pertenece ya al plano expresivo: el semillerista moldeó la materia prima de acuerdo con leyes de composición postuladas por autores representativos del relato breve. Así pues, si Alice Munro suministró la fábula, Flannery O'Connor, Ernest Hemingway, Julio Cortázar y Ana María Shua contribuyeron con las poéticas. El entramado resultante es autoría, ciertamente problemática, del lector-escritor. Por eso el producto se llama *reescrituras*.



Estas reescrituras contienen un elemento creativo. Narrar el “mis-mo” mito con otra organización fue todo menos una operación mecánica. Los nuevos cuentos, ciertamente, aspiran a la suficiencia del artefacto estético y quieren que los lectores perciban la redondez del conjunto y la independencia del cuento semilla. En este sentido, los experimentos aquí presentados se entroncan con la tradición de los ejercicios de escritura creativa.<sup>1</sup> Pero el cauce que el semillero dio a los ejercicios procura desembocar en una mejor captación de los temas y estrategias de la obra reescrita así como de los consejos compositivos de quienes conocen el oficio, no tanto en la iniciación en la escritura autorial, más allá de que las hibridaciones entre una meta y otra fueran aquí muy bienvenidas. De ahí que la independencia del cuento nuevo respecto del cuento semilla sea conscientemente relativa: el experimento de reescribir un episodio de acuerdo con determinadas recomendaciones o restricciones escriturales busca ante todo conocer mediante la praxis el qué y el cómo de los cuentos leídos. Por eso el producto se llama también *lectura creativa*.

En el presente libro, estas lecturas creativas se encuentran distribuidas a lo largo de cinco capítulos. A cada capítulo lo encabeza una poética, la cual reproduce, en formato de instrucciones, las principales ideas poetológicas de los autores escogidos. A cada poética la suceden dos reescrituras de dos cuentos diferentes de Alice Munro. El total de diez cuentos de la Nobel canadiense junto con las cinco poéticas de los otros cuentistas fueron seleccionados con criterios de representatividad, operatividad y gusto. Los cuentos munronianos, en efecto, cuentan dentro de los más antologados; las poéticas ostentan no solo celebridad sino también funcionalidad; con unos y otras, no hay que ocultarlo, pareció más estimulante experimentar que con títulos y autores dejados de lado. Solo dos precisiones en torno al capítulo inaugural y al capítulo de cierre: «Alice Munro según Alice Munro: reescrituras de “Ficción” y “Vida querida”» se propone reescribir

1 Pensamos en las célebres propuestas de Oulipo (Salceda, 2016; Sánchez, 2019), pero también en volúmenes recientes de gran divulgación como el de John Gillard (2019) o en los incluidos en la colección Guías del escritor de la editorial española Alba (Chisholm 2010, para citar uno de poesía) o, ya a nivel local, en títulos como *Control de cambios: ejercicios de escritura creativa* (Giraldo, 2018).



los cuentos en cuestión según la poética de Alice Munro, la cual, como toda poética, funge como dispositivo modificador también cuando se aplica a las mismas creaciones que la ocasionan. El capítulo 5, «Alice Munro según Ana María Shua: microrreescrituras de “Dimensiones” y “Llegar a Japón”», ofrece más de dos ejercicios de lectura creativa, la razón es que no quisimos desaprovechar el tamaño y la versatilidad del microcuento para explayarnos en el ánimo experimental.

¿Qué queda de ese ánimo? En otras palabras, ¿cómo cambia la reescritura nuestra relación con el cuento estudiado? ¿Qué de particular tiene la ganancia epistemológica?

El resultado más palmario de los experimentos es el tipo de *implicación* que se ve invitado a ejercer el lector-escritor. Quien reescribe involucra con el cuento estudiado su universo psíquico de manera peculiarmente integral, extendida, si se quiere, pues al conjunto de operaciones analíticas y racionales que confluyen en la elaboración de una hipótesis argumentada de lectura se suma el impulso personal de la imaginación por poblar con elementos subjetivos, biográficos o no, eso no importa, todo el espacio de reinvenición que se abre entre él como lector, la obra leída y el texto por reescribir. No prevalece la mirada distante de la prosa crítica; interviene además la entrega imaginativa al mundo narrado (entrega que por otra parte viene propulsada por la implicación interrogativa: ¿la Grace de “Pasión” usaría una falda oscura o de color pastel? ¿Cómo sería un reencuentro de la Doree de “Dimensiones” con el chico al que ella salvó la vida? ¿Sintió el Miles de “De otro modo” remordimiento por su vileza?). La intensidad del contacto es variable en ambos casos (la frecuentación del crítico puede ser obsesivamente reiterativa y, claro, el lector-escritor no está exento de fatiga), pero en la disposición de quien reescribe se involucran más facultades de sí.

En fin, nos parece que ya esta implicación hace recomendable implementar experimentos semejantes en escenarios donde se estudie literatura. El resultado es un conocimiento práctico (escribir un cuen-



to, aplicar una poética, activar la imaginación literaria) que puede cohabitar con otros tipos de apropiación. Los insumos y el instrumental no tienen que ser los mismos, cuentistas hay por fortuna muchos y poéticas no faltan.

Los editores

Juan Pablo Pino y Danielle Navarro,  
marzo de 2021



1

**ALICE  
MUNRO**

**SEGÚN**

**ALICE  
MUNRO:**



*reescrituras de*

*"Ficción" y*

*"Vida querida"*



# POÉTICA DE ALICE MUNRO

Un cuento es una casa, dice Munro. Pero la escritora poco sabe de arquitectura y menos de albañilería; mentiras, sí sabe. Alice Munro es maestra de construcción de tramas elásticas, como el tiempo, y de fábulas laberínticas y dramáticas, como la vida. Las casas que construye Munro siguen unos pasos muy particulares:

i. No construyas en terreno baldío.

Los cuentos y las casas no brotan como árboles. Necesitas ladrillos, cemento, madera. Encuentra una casa que te guste y destrúyela, tumba las paredes, quema el techo, rompe el piso, construye un sótano y una buhardilla y, por supuesto, un cuarto propio. La realidad debe usarse como material para construir la casa del cuento, pero el resultado es una con otra arquitectura distinta a la de la realidad. No te dejes confundir porque la fachada sea similar y parezca que nada ha cambiado.

ii. No olvides el diseño de interiores.

Al ingresar por la puerta, el lector deberá recorrer la casa paso a paso, habitación por habitación. Haz que sea un viaje a través del tiempo. El vestíbulo puede ser el presente. Hay grandes cristales, decoración minimalista. El siguiente cuarto podría tener muebles de los años 50 junto a un teléfono de disco. Parecen ideas sin la opinión de un decorador de interiores, pero vienen muy bien con la estructura de la casa.



iii. No olvides al lector.

Para encontrar la salida de la casa o del laberinto narrativo, el lector deberá buscar el centro, el corazón de la casa. Por eso debes empezar a construir desde ahí. Pon la piedra angular en el sótano y luego levanta paredes como si dibujaras fronteras. Esa piedra angular es siempre un sentimiento profundo, una verdad sobre el ser humano, lo que más brilla al interior de la casa. Juega a esconderla para que no sea fácil de encontrar, pues los intentos cotidianos de la epifanía no suelen verse bien con las cortinas de la sala.

**Síntesis de la poética de Alice Munro elaborada por Jessica Ramírez y John Franco a partir del texto “What is real” (Munro, 1982).**



# Reescritura de “Ficción”

Por Jessica Ramírez

## Prólogo de Christie O’Dell a *Cómo hemos de vivir*

El primer latido de este cuento tuvo lugar en un espacio imaginado. Busqué hablar de una madre que se llamaba Edie. *Una joven baja y robusta, que no parecía ni lo bastante mayor ni lo bastante deteriorada para tener un pasado de gran disipación. Hombros anchos, flequillo tupido, cola de caballo apretada, ni la más mínima posibilidad de una sonrisa.*<sup>2</sup> Había sido una aprendiz de carpintería en Rough River en sus años de juventud, tiempo en el que yo rondaba los nueve años. Era la historia de una madre alcohólica en proceso de recuperación, la de una madre que muy joven supo que no se recuperaría, en toda su vida.

Ahora estoy yo, el segundo latido que roba tinta en el cuento. Me busco en ese yo de carne y hueso: mujer, veintinueve años, violonchelista y escritora. Me encuentro, de nuevo, en el yo que escribe estas líneas como si al parpadear pudiera ir entre uno y otro yo al ritmo de la mano que empuña fuerte el lápiz de punta afilada. Es como si sostuviera un arma, como si quisiera cavar una fosa en el papel, como si estuviera a punto de matar a alguien: crimen que yo misma busco resolver.

Vuelvo a Rough River, a los tiempos del colegio de música, a aquellos de la casa frente al bosque. El pasado huele a madera recién cortada y se parece a esas grandes ventanas que exhiben escenas que normalizan la felicidad o infelicidad al interior de esas estructuras compartimentadas que llaman hogar: infidelidad, divorcio, matrimonio, orfandad y el ¿oficio?, ¿arte de la madera? Poco tiempo después de que Edie se convirtiera en la amante de su maestro carpintero, nos fuimos a vivir con él. *Jon no hablaba mucho; le interesaba más cocinar. A*

<sup>2</sup> Los pasajes en cursivas, en esta y en el resto de reescrituras, son extractos literales de los cuentos de Alice Munro.



veces se reía de Edie, *pero no con desprecio. Edie era como una mascota, pensaba a veces Joyce. O como una niña.*

Luego decido que es de Joyce de quien se trata el cuento. Corro a la casa y la oculto en el cobertizo. Decido que al ser ella la anfitriona de mi fiesta, debo prepararla bien antes de su entrada triunfal ante la llegada de los primeros invitados. Me escondo con Joyce y la ayudo a escoger el mejor de los trajes de seda negra. La maquillo de tal modo que no parezca ni tan asustada ni tan abnegada y completo su pinta con los destellos de plata de unos aretes que le había comprado. Quería que brillara en la fiesta. En su fiesta del tiempo.

Edie no era de las madres que insistían en reclamar lo suyo como suyo: su-yo. Me pregunto si el yo de una madre vuelve a ella una vez la cría deja de ser suya o si queda algo que nunca podrá recuperar. Allá afuera. Un yo lejano. Un yo que escapa al lenguaje y a la tradición. El yo de sangre de una madre. Todo lo que sabía de Joyce lo había aprendido de ese rojo.

Pienso ahora en la biblioteca de mi escritora favorita. Había escuchado que entre Tolstoi y Woolf aparecían de vez en cuando tomos de clásicos como Ovidio y Séneca. Pienso en el Séneca de la biblioteca de mi escritora favorita. Pienso si la escritora canadiense los habrá puesto ¿arriba?, ¿abajo?, ¿en el centro de la biblioteca? *Decir lo que sentimos. Sentir lo que decimos. Concordar las palabras con la vida.* El latido de mi ensayo de cuento nace de ese centro capaz de converger en medio de lo que diverge. Mi yo en el papel navega hacia ese centro y la realidad comienza a parecer un barco de papel a la deriva de alguna idea o de alguna imagen que aparece encriptada, como un caso por resolver. Me convierto en la asesina que mata para dejar alguna huella y crear pistas que me permitan leerme al tiempo que soy leída leyendo a Edie y a Joyce.

Quiero que Edie sea quien dramatice mi obra. Quiero que sea quien se vea tras el lente que hace de la realidad algo menos abstracto. Tam-



bién quiero que estemos Jon y yo (Christine) como invitados a la fiesta del tiempo. Mi madre –el yo del que se nace, el yo que uno parece desfigurar apenas llega al mundo– es el tema de mi historia. Es el motivo que resuena en el cobertizo, el que resuena tras la puerta para llamar a Joyce.

Busco que Edie atraviese el tiempo para así crear su devenir biográfico, pero una pregunta da más luz a ese otro latido del cuento. El que comete el crimen. La mujer que apunta al cuello de la víctima con una especie de lanza, ¿es la culpable? ¿La pluma que atraviesa las márgenes del papel? Dejo que Edie haga justicia y que descubra a la mujer de quien se escribe. Le digo a Edie que nunca quise ser como ella, que crecí queriendo parecerme a Joyce, que también me había enamorado de mi maestra de arte, como ella de Jon. Le pregunté si sabía por qué Joyce había dejado el violonchelo en casa de Jon tras el divorcio. Le dije que ella me había dicho que así Jon siempre iba a sentir su ausencia, pues él no sabía mucho de las maderas que no hacían música.

Por último, apunto a mi madre con la punta filosa del lápiz. Rompo la pared y le permito a Edie decirme que soy yo la que es mentira, que ella es más real que yo, que mis yos son pura invención. Sonrío a mi destino, celebro mi papel de Christie O'Dell y el placer de convertirme en ficción, en fantasía.

El cuento "Ficción" pertenece al libro  
*Demasiada felicidad* (Munro, 2013).



# Reescritura de "Vida querida"

Por John Franco

## Vértigo

"No es esta noche de ahogarse", decían las líneas de un poema del libro que cogí aquella lejana tarde. Entonces vivía a las afueras de Vancouver, en una casa grande bastante adecuada para la vida de una familia con dos hijas. Ahora vivo en Ontario y la casa aquí tiene un aire más íntimo, sin jardín, pero con un bello patio interior lleno de objetos de los que surgen recuerdos como genios después de frotarlos con la mirada. La vejez es una mudanza y el cuerpo coge querencia por todo lo que invite a la quietud. Pero entonces, la casa no bastaba y por eso le gustaban los balcones, el jardín, la calle, todo lo que invitara al afuera. Y también estaban los libros, que eran además una forma de salir. Al lado, un cuaderno y un lapicero esperaban su turno. A veces el afuera había que construirlo, trazar mapas más amplios con palabras que se apilaban como triangulitos que podrían ser casas o montañas. Siempre leía algo antes de empezar a escribir, siempre mirando al jardín, siempre en la silla mecedora. Saboreaba un poema o unas páginas de un libro conocido, como un entremés antes de una buena cena. De las lecturas no venían necesariamente los temas –esos abundaban en las noticias locales, las conversaciones con amigos, los propios recuerdos, como este, en los que me hundo siempre– ; más bien, venía una suerte de impulso, un ritmo interno, un movimiento que podía mantener con el ir y venir de la silla mecedora. Quizás, a simple vista, un transeúnte podría observar en el pórtico de la casa a una mujer rondando los treinta años, sentada sosegadamente leyendo un libro. Afuera, un cerezo pintaba el jardín de rosa y púrpura, y un viento plácido atravesaba la larga calle llena de abetos y pinos. El transeúnte pensaría, con toda razón, que era una escena perfecta sobre la vida feliz de las mujeres y seguiría su camino, seguro de que en



esa ciudad se vivía muy bien. Al fin y al cabo, todo el mundo vive muy bien en sus ciudades y en sus pueblos, si recorres las calles precisas y miras desde la distancia adecuada.

También en mi pueblo natal había gente que decía lo mismo. El pueblo parecía un recinto atascado en el tiempo y mi familia llegó a él un poco tarde. Y tarde significaba también un poco fuera de él, al final de un largo camino, o al menos lo parecía para mí. Tal vez no fuese así. Si hubiese vuelto y me hubiera atrevido a recorrer ese camino otra vez, temo que podría haberme sorprendido de lo cerca que estaba el instituto de mi propia casa. Pero en mi recuerdo el pueblo estaba lejos. Probablemente era otra la distancia la que había medido en mi memoria: la distancia que separaba a mi madre del entorno, como si ella estuviera hecha para otro tipo de vida y se resistiera a aceptar que una granja era lo único que tendría, una frustración que nos imponía como una sombra y que creció dentro de mí con la certeza de que yo tampoco encajaría en aquella pesebrera; la distancia que separaba a mi padre de otros granjeros, es decir, aquella entre el éxito y el fracaso, un golpe que entonces no comprendí del todo y que solo cuando tuve que enfrentar mis propios fracasos –de tinta, la mayoría– empecé a dimensionar más allá de lo que para mí fue solo un cambio en la rutina, de que mi padre no estuviera trabajando en el cobertizo y yo tuviera que encargarme de la cocina y de mis hermanos; la distancia que me separaba de los otros chicos y chicas de mi edad con los que no tuve demasiada cercanía durante las épocas de colegio y que me volvieron propensa a ciertas formas de la soledad; la distancia que me separaba de mi propia madre, creada primero por los desencuentros propios de la vida, pero que, luego del párkinson, se convirtió en un camino de no retorno; la distancia que me separaba de la vida conservadora de un pueblo que parecía estancarse en los modos de un siglo pasado y que solo cuando salí de allí, años después, para estudiar, para casarme, me di cuenta de cuánto yo ya no era lo que se pretendía allí que una chica fuese.



Lo llegué a pensar esa tarde en la casa de Vancouver, pero apenas era algo que lograba raspar, una intuición que llegaba sin nombrarse del todo. Ahora, en esta otra sala, en Ontario, me siento en una silla que no se mece y que no deja de mirar al patio interior. Y es ahora, mientras leo esta revista de mi pueblo natal, que me llega en toda su dimensión esa idea de la que antes tenía una intuición vaga: siempre que se recuerda o que se escribe se cae en la equivocación de confundir lo particular con lo general, como si la ficción fuese una forma inversa de deducción: la suma de eventos particulares no coincide con la ley general que de ellos se extrae. Yo, quizás, a diferencia de algunas personas del pueblo, nunca me paré en la ribera del río y dije, conscientemente, como acto declarativo: soy feliz. Dije sí, muchas veces, lo contrario, con todas las palabras con que la infelicidad se dibuja. Hoy en día, la nostalgia cose con un hilo rojo las hojas sueltas del recuerdo y mis manos escriben al borde del papel: sí, fui feliz. Y pareciera que la felicidad es algo que uno entiende solo después de que pasa, como una etiqueta que se pone a una caja sellada y se guarda en alguna parte del ático, por si es necesario acudir a ella, a la certeza de que se fue feliz, cuando no hay nada más que sostenga la vida.

Pero en ese entonces, mientras mi padre trabajaba en la fundición y mi madre ya había comenzado con los síntomas del párkinson, yo no tuve tiempo suficiente para crear esos lugares de la memoria. Me gustaba sentarme en el porche de la vieja casa de ladrillos. En frente estaba la casa donde había vivido la señora Netterfield, quien, según mi madre, había intentado robarme una vez. En aquella ocasión, mi mamá me abrazó para protegerme de la vecina loca y se encerró dentro de la casa mientras la señora Netterfield daba vueltas alrededor. Y mi madre, con la escopeta de mi padre, estaba preparada para defenderse, para defenderme, a mí, una vida querida. Me gustaba imaginar ese episodio mientras me sentaba en ese pórtico pensando en qué habría pasado con la señora Netterfield después de eso y me daba pena no acordarme, no sé si extrañando más el vivir la aventura de un peligro en medio de una vida que se tornaba sosa o el



abrazo protector de mi madre en una juventud naciente que se insinuaba sola y confusa.

Con el tiempo empecé a reemplazar el pórtico por el salón interior de la casa, donde leía libros. Lo hacía después de lavar los platos, con los pies cerca del calentador y la ventana cerrada, porque entraba frío. Un refugio al final de jornadas demasiado largas para una niña de doce años. Y no me demoré mucho en intentar hacer lo mismo yo: garabatear los primeros personajes y las primeras tramas llenas de episodios tristes y vacíos en pueblos lejanos y calles solas que conducían a escuelas del tedio de la vida. Al fin y al cabo, ni Brönte ni Mann habían escrito sobre lugares felices, pero había algo de satisfacción en la forma en que cada palabra quedaba puesta dentro de una frase. El verso más triste producía la más profunda de las sonrisas y la historia más trágica era más real y significativa para mí que la vida lenta y estancada que pasaba a mi alrededor.

Tal vez fue eso, la sensación de que en los libros las cosas sí tenían significado, lo que me condujo a una vida dedicada a los mismos, como un imán que atrae a otro por su polo contrario. En mi vida real, algunas frases no parecían tener punto final y se alargaban hasta perder la referencia de qué querían decir. Mi madre continuó perdiéndose poco a poco en su propia incapacidad para moverse, ella, que toda la vida no había querido otra cosa que moverse de allí. Su dependencia de mí, lejos de crear puentes de intimidad, sirvió como excusa perfecta para callar las palabras que nos hubieran podido reconciliar. Yo esperaba de ella algo, no sabía qué exactamente; sin embargo, esperaba algo que llegaría algún día y que tenía que venir de ella. Aun así, cada día, al recogerle la cobija alrededor de los pies o asistirle como traductora ante los demás –porque, curiosamente, solo yo le entendía–, la certeza de que cada vez vendrían menos palabras creó un muro de silencio entre las dos. Seguíamos hablando sin hablar de nada que realmente pudiese tocarnos. Ella se perdía dentro de sí. Yo me perdía dentro de textos en los que ella siempre estaba, como una sombra, pero en los



textos por lo menos, algunas veces, ciertas voces encontraban palabras que servían como puentes.

La vida real es incontenible. No cabe en una oración y se demora mucho tiempo en dar su propia vuelta y diseñar su propio final. Hay algo de reconfortante en esa forma que la vida tiene de seguir adelante sin cerrar ninguna historia. Pareciera que en cualquier momento se puede tomar una decisión que cambie el curso de la misma y se pueden rectificar los errores –una cierta forma de reescritura, y que al final la frase no diga “nunca la visité”, sino “al fin logré ir a verla”–. Y así, evitarse esas cosas que uno nunca se perdonaría. El problema es que uno con frecuencia cree que, de alguna manera, la vida –o quien sea que la escriba– te avisa, te da tiempo, te entrega el lápiz para que retoques la última línea de cualquier cosa. Y la vida, aunque te lo anuncie, siempre te coge por sorpresa.

El teléfono sonó mientras yo leía aquella tarde en el pórtico de la casa de Vancouver. La noticia se informó sin demasiado protocolo. Madre acababa de morir. Regresé al pórtico. “No es esta noche de ahogarse”. El cerezo florecido, el viento plácido. Un transeúnte que pasaba por allí sonrió a la distancia. Yo caía por dentro. Primero sentí que nunca me perdonaría el no haber estado allí, el evitar tantas veces el tan solo planteármelo, ¿para qué volver? Al inicio, al marcharme, abrí una grieta. Sabía que buscar mi propio camino era visto por mi familia, por el pueblo entero, como un acto de egoísmo. Y quizá lo fuera. ¿Quién se encargaría ahora de mi madre? ¿Valía mi deseada erudición la incomodidad de mi hermana y el silencio estoico de mi padre? Qué necesidad tenía una mujer de estudiar, decían en el pueblo. Pero la tenía. Un escape a toda regla. Hacer lo que mi madre no había podido, encontrar el lugar del mundo donde podía encajar. Pero cada año esa grieta se hacía más grande. Los rostros que encontraría al regreso serían menos familiares. Y uno espera – porque eso es realmente lo que uno hace en los pórticos cuando mira al jardín–, después de casarse, de tener hijos, a que el cerezo florezca otra vez y quizá, sí, el próximo verano regresaría y sabría qué decirle –lo había practicado en cientos



de historias– mientras le arreglaba la cobija una vez más y leía en sus ojos las señas suficientes para saber que todavía era una vida querida. Quizá no volví porque temía en el fondo que mi madre no pudiese perdonarme. ¿Para qué volver si no era para una reconciliación? ¿Para qué volver si era para encontrar unos ojos vacíos? La silla mecedora iba y venía cada vez más rápido, siguiendo el ritmo vertiginoso de los pesares de una mujer que caía por dentro.

Ha pasado mucho tiempo desde que me sentaba en ese pórtico de aquella casa de Vancouver y nunca la sensación de vértigo me dejó del todo mientras me adentraba en historias que contaban los lugares oscuros de personajes que se parecían más o menos a las personas. Vértigo. Qué tan extraño que fuera precisamente esa palabra la que asociaba con esas tardes eternas pasadas en la silla mecedera. Ahora de vez en cuando tengo episodios de vértigo. El médico me dice que suceden por una pérdida de equilibrio producida por un problema en el oído interno. Es la misma sensación que uno tiene al acostarse en la cama cuando ha bebido mucho vino –qué tan lejos se recordaban los días de los excesos–, pero sin la intoxicación en la sangre y sin las ganas de vaciar el estómago. La habitación da vueltas y vueltas y uno trata de encontrar un punto de apoyo. Pero no hay. Todo gira hasta que deja de girar. No hay control. Y una cae, toca el piso y sigue cayendo ¿A dónde cae una cuando ya está en el piso frío de la propia habitación? Una cae dentro de sí misma.

Esta tarde, sentada en la sala de mi casa de Ontario, mirando al patio, una revista que se edita en mi pueblo ha llegado a mi casa y encuentro en ella un poema de una tal señora Netterfield. La curiosidad me ha ganado y he leído el poema con interés creciente mientras encuentro en la descripción de la casa que ella llama suya, la casa de ladrillos viejos donde yo crecí, en la ribera del río, al final del camino que venía del pueblo. Al inicio, me interesó la relación que podría tener la señora Netterfield con mi casa y cómo eso podría darle una dimensión diferente a aquella historia que mi madre me contaba. Quizás en los resquicios de su mente demente, un truco de la memoria



la engañó y vio en mí, una pequeña en la que fue su casa, un recuerdo de su propia pequeña, de una vida pasada. ¿Esta mujer que había escrito el poema, sería su hija? La pude imaginar, de veintidós años, abandonando el pueblo, viajando a Vancouver, estudiando, casándose y dejando a su madre sola. Posiblemente, algún día, había recibido una llamada, posiblemente era la quinta o sexta llamada, "tu madre está muy mal, no puede vivir sola". Y habría vuelto. O quizá no había recibido llamada alguna. Tal vez había decidido volver, con la inquietud de encontrar un rostro poco familiar y encontró, en cambio, uno totalmente ajeno. La madre no la habría reconocido y eso fue mejor que la posibilidad del reproche. La llevaría a Vancouver y moriría un par de años más tarde, más tranquila, sin acordarse mucho de su hija, sonriendo de vez en cuando. Y la hija Netterfield, en aquel viaje, recorrería otra vez el camino del pueblo y se daría cuenta de que no estaba tan lejos su casa y de que los árboles y el río eran un poco más bonitos de lo que los recordaba. Si yo fuese adonde ella vivía ahora y le contara la historia de mi madre, me hubiese dicho que no, que su madre no era peligrosa, que quizá solo quería saludar a una niña pequeña, o ver otra vez su vieja casa, "qué bonita era esa casa, ¿verdad? Y pensar que tú y yo..." y dejaría la frase inconclusa, sin saber en el fondo si se trataba de una casualidad alegre o un reclamo del destino.

Yo no puedo recordarlo. Me engañaría si les dijera que siento de alguna forma una reminiscencia de ese abrazo protector, o que, en algún momento de mi vida, he vivido una situación de pánico, un impulso a nivel límbico que me hace recordar el reconfortante punto de apoyo del abrazo de mi madre. Es como si nunca hubiera pasado. Ni el vértigo ni el apoyo. Y quizá pasó, quizá mi madre sí me salvó de un ataque de locura de la señora Netterfield o quizá todo fue un gran malentendido. Aunque ahora entiendo que da lo mismo lo que hubiera pasado, da lo mismo el punto de vista, los detalles específicos, el diagnóstico que podamos darle al caso de la señora Netterfield. Mi madre quiso atesorar el recuerdo de un acto de amor heroico. Quizás en sus últimos días no se acordaba mucho de mí e igual que la señora Netterfield su memoria la engañó para revivir



una época pasada. Mi vida querida, diría, abrazando una almohada.  
Dejando de caer. Perdonándome.

Pero nadie la entendió.

El cuento “Vida querida”  
pertenece al libro *Mi vida querida* (Munro, 2014b).



2

**ALICE  
MUNRO  
SEGÚN**

**FLANNERY  
O'CONNOR**



*reescrituras de*

*"Noche" y "Madera"*



# POÉTICA DE FLANNERY O'CONNOR

- i. Para abordar la página en blanco, atrapa un personaje, moldéalo y condíméntalo. Prefiere el sabor de la condición humana, aunque otras criaturas podrían prometer sabor.
- ii. Tu personaje provocará el drama. Si el drama es un misterio al principio para ti, después podrá serlo para el lector, eso es positivo.
- iii. Detallarás para dotar al cuento de juicio, de posición moral.
- iv. Confiarás el detalle a lo visible, sin excesos. Eso visible enriquecerá, pero deberás controlarlo para que aporte al propósito total. Lo visible, en cuanto operación remota, de larga distancia, no excluye otros sentidos.
- v. El lector podrá degustar el personaje si está suficientemente detallado, si su aroma permanece, si sus gestos-acciones dejan huella. A veces te bastarán dos trazos para estabilizarlo. A veces necesitarás pelaje, pero únicamente lo suficiente.
- vi. Justificarás toda acción para satisfacer la motivación, y esa acción debería contar con principio, medio y final, aunque no necesariamente en ese orden.
- vii. Escribirás tu cuento en profundidad, no exhaustivamente. Con la profundidad se gana una experiencia significativa y no una experiencia suntuaria.
- viii. Evitarás la escasez. Esa sensación podría abandonar el significado del cuento.
- ix. La ficción es un arte atento a lo tangible. Descartarás ideas, escribirás acciones. El significado vigila, es un resultado construido con señas reales.



- x. Hay un significado que también puedes construir, pero toca ir desmadejando lo real para encontrarlo.
- xi. Evitarás reducir. Tu cuento solo puede ser expandido. No crearás un universo de sentido para cifrarlo y mutilarlo hasta que aparezca un significado unitario.
- xii. No solo el misterio es un recurso de la ficción, también lo son las costumbres, explótalas.
- xiii. Cuando tus detalles, su orden y profundidad acumulen significado, ahí está tu cuento. Después viene pulir.

Síntesis de la poética de Flannery O'Connor elaborada por  
Juan Carlos Gutiérrez y Yaneris Vacca Jimeno a partir del texto  
"Para escribir cuentos" (O'Connor, 1993).



# Reescritura de “Noche”

Por Yaneris Vacca Jimeno

Hospital. Esa palabra la conocí a los nueve años cuando mi hermana mayor comenzó a sentir dolores en un costado del cuerpo. Mi padre habló con algunos vecinos que, enseguida, entraron a la casa y le ayudaron a cargarla. No era de esas enfermas que gritaban o que maldecían al ritmo de los padecimientos; sin embargo, el camino del dolor se trazaba en cada línea de su rostro. Cuando salieron, me surgió la duda de cómo sería un hospital, ¿qué habría adentro? Mi madre me habló de un lugar blanco, con una línea roja trazada en la pared, allí estarían algunos médicos con batas también blancas y un aparato para escuchar el corazón colgado al cuello, habría enfermeras caminando por los pasillos, dejando eco tras sus pasos, y pacientes en las habitaciones iluminadas por tubos blanquecinos. Al imaginar a mi hermana como uno de esos pacientes, el estómago se me revolvió. Pensé en ella pálida como las paredes y con bolsas moradas bajo los ojos que apenas podían abrirse al contacto con alguna luz moribunda.

Más tarde, ese mismo día, supe por mi madre que mi hermana tenía apendicitis. Entonces la casa se llenó de palabras nuevas: aprendí que el apéndice era algo con forma de saco que residía en el estómago, cerca de algo llamado colon. Escuché muchas veces que el éter le hacía bien a mi hermana, y cuando preguntaba me evadían o me silenciaban sutilmente. Recuerdo que ella estuvo algunos días aún en el hospital y yo tuve oportunidad de husmear en sus cosas. Intercambiaba mis almohadas por las suyas y dormía mucho mejor desde que no estaba. A veces iba a su escritorio y me invadían oscuros deseos de garabatear sus libros favoritos o sus notas. En el momento en que, finalmente, regresó a casa, pasaba mucho tiempo acostada, a veces dormida, a veces leyendo o dirigiendo su mirada a la ventana o, simplemente, con los ojos abiertos, fijos en el techo.



Aunque desde mucho antes de esa edad solía disfrutar de las tareas de la casa, como arreglar las habitaciones o ayudar con los preparativos de la cena, me parecía un poco injusto que mi hermana no tuviera que hacer mucho. Estaba exenta de algunas clases de la escuela y pasaba todo el día en su cama o sentada en el sillón leyendo. Alguna vez dejé caer, de manera inconsciente, algunas pizcas de sal en su rebanada de pastel de manzana, lo que ni siquiera pareció notar. Era extraño, a veces sentía que tal vez en el hospital le hicieron algo a su cerebro o incluso que lo cambiaron por el de una mujer de unos cincuenta y ocho años. En ocasiones, resultaba aterrador compartir el cuarto con ella, porque en muchos momentos la descubría con los ojos abiertos mirando a la nada, pero luego me compadecía de ella, de sus dolores que tal vez aún no cesaban, y me invadía la culpa por haberla acusado de floja con mi propia mente. Nuestro cuarto era pequeño, así que dormíamos en literas. Yo ocupaba la cama de abajo, pues a mi madre le aterraba la posibilidad de una caída. Me sentía lo suficientemente atenta como para no soltar la escalerilla que daba a la cama de arriba, mas por mi edad nunca me dieron aquel voto de confianza. De vez en cuando, tuve miedo de que mi hermana engordara, de que la cama ya no pudiese soportar su peso y cayera sobre mí con todo y tablas dejándome aplanada como una lámina de metal. Sin embargo, nunca pasó, pues con el paso de los años parecía perder kilos y, después de la operación, se veía mucho más delgada.

En las noches de comienzo de verano, cuando la escuela llegaba a su fin, la escuchaba dar vueltas, las tablas se movían con fuerza y comenzó mi pánico de que alguna me golpeará y me partiera una pierna. Entonces, una vez, en el momento en el que el sol ya se veía como un pequeño agujero luminoso tras las montañas, tomé uno de sus libros y lo dejé sobre la mesa de noche para leérselo y ayudarla a dormir. Después de todo me causaba mucha pena que no pudiese dormir, siempre tenía cara de cansancio, como si la enfermedad le hubiese sacado la energía de cada hueso. Después de cenar, las dos nos fuimos para el cuarto. Ella se acostó primero, me senté a su lado, busqué en el cajón de la mesita la linterna que usábamos para alumbrar en los



apagones –en el momento en que, por casualidad, algún pájaro se atoraba en el sistema de alumbrado–, la encendí bajo mi rostro y abrí el libro. No alcancé a terminar la primera oración, cuando ella me quitó el libro con violencia. Me dijo que no debía tocar sus cosas. Era un libro no muy gordo envuelto en terciopelo. Al reparar detenidamente en su portada, noté que era su diario. Hace mucho no la veía escribir en él, pero desde ese momento nunca lo soltó de nuevo.

Después de su grito entré en sollozos, mi madre apareció en la puerta de inmediato. Las dos nos quedamos en silencio ante sus preguntas, así que asumí que fue por alguna discusión tonta y volvió a salir. ¿Qué pasaba con mi hermana? Aunque su carácter no solía ser el más cálido, no se sulfuraba con facilidad. La culpa me invadió otra vez y extrañé las tardes en que me ayudaba a acorralar al gato para vestirlo de bebé y pasearlo en una carriola, y los teléfonos que inventamos con vasos para conectar las camas de la litera y hacer chistes a la hora de dormir. De nuevo, sentí sus movimientos bruscos, incluso creo que la oí bajar de la cama.

En la mañana, la encontré de mejor humor. Había preparado el desayuno y se veía radiante, aunque sus ojeras se esforzaran por desmentirla. Cuando terminamos y me dirigí al jardín, me acompañó y me preguntó si quería que leyéramos un libro juntas, en la noche. Asentí y lo acepté como una disculpa por lo ocurrido. El día se me fue entre sacudir polvo y cortar la maleza que no dejaba crecer las flores. Al anochecer, ella apareció con un libro entre las manos, la inscripción en letras doradas decía H. P. Lovecraft. En el cuento aparecían unas criaturas que no lograba configurar en mi cabeza, parecían no tener una forma definida. En todo caso, me acosté perpleja y confundida con el relato. Las criaturas, de alguna forma, se colaron en mis sueños y se veían como sacos verdes llenos de un líquido gris. Me desperté sudando y me pregunté si acaso así luciría un apéndice. De esa manera, cada noche mi hermana adoptó la jugarreta cruel de leerme historias aterradoras, de cuervos, gatos negros, animales que volvían



a la vida de formas macabras, los cuales no tenían reparo en tomarse mis horas de sueño.

Durante varias noches me fui a la cama sin cenar, para quedarme dormida antes de que ella llegara con algún libro. Hasta que un día mi padre me ordenó quedarme en la mesa hasta que terminara toda la comida servida en el plato. No tuve manera de escapar. Para mi sorpresa, mi hermana no apareció esa noche con ningún libro.

—Esta noche vamos a cambiar un poco la rutina —se escuchaba extraña y una mueca maliciosa se precipitó en su cara—. Vamos a contarnos la historia que queramos, podemos inventarla.

—¿Podría ser algo que no me asuste? —le supliqué.

—Conozco una manera de crear una historia juntas. Cada una va diciendo una frase y la otra dirá una para continuar y así, hasta terminar.

—Bien.

—Empiezo yo —se humedeció los labios y se dispuso a recitar—. En una casa, rodeada por árboles, muy parecida a esta...

—Vivían dos perritos de pelaje gris —continué intentando encaminar la historia hacia un lugar más tranquilo.

—Eran perros salvajes que acababan de devorar a sus presas —dijo, sonriendo.

—Estas eran unas ovejas de la casa vecina —proseguí nerviosa.

—Pero las ovejas no eran ovejas, sino dos niñas arropadas con abrigos...

—¿Por qué debe ser todo tan aterrador? —dije, interrumpiéndola, mientras las lágrimas bajaban por mis mejillas.



Me fui para el cuarto e intenté quedarme dormida en ese mismo momento. Lo conseguí. Cuando desperté, mi hermana ya se había levantado y yo me dediqué a ayudar a mi madre en la cocina. Todo el día estuve tranquila hasta que vi el ocaso y mis manos sudaron. Así que volví a irme a la cama sin cenar. Pero esa noche el hambre me llevó de vuelta a la cocina a buscar alguna sobra para calentar. Mi hermana comenzó a recitar algunos versos del poema del cuervo de hacía unas noches atrás, pero con una voz tan ronca y horrible que llegué a creer que, en efecto, en el hospital había sucedido algo: cambiaron su cerebro o el espíritu de un malhechor entró en ella y ahora me atormentaba. Mi hambre desapareció y me invadió el pensamiento de que ella habría envenenado mi comida.

Aquella noche mi hermana dormía profundamente, como si el torturarme con sus historias le devolviera la tranquilidad. Así que fui a escudriñar en su diario, tal vez allí estaría la fórmula que usaría para envenenarme. Me levanté de mi cama y caminé por la habitación con los pies descalzos. El diario no estaba en la mesa, tampoco en los cajones ni debajo de la alfombra. Estaba bajo su almohada, el terciopelo podía verse. Entonces subí la escalerilla. Su cuerpo estaba más hacia el otro costado, de modo que logré escabullirme fácilmente hacia su cabeza y fui sacando poco a poco el diario, tomándolo de un extremo. Bajé a mi cama con la misma delicadeza con que me deslicé a la de ella. Abrí el diario y empecé a leer, pero me encontré únicamente con pequeños versos que parecían ser los restos de un poema mutilado. Y la hallé. Una página con manchas de tinta que tenía escrito:

En un lugar parecido a este, hace ya algún tiempo atrás, dos hermanas no podían conciliar el sueño. Habían agotado las estrategias: contar ovejas, tomar leche o leerse cuentos de algún libro viejo. Estas hermanas dormían en literas, ya que su cuarto era pequeño. La hermana mayor dormía en la parte de arriba y la menor en la de abajo. Cuando amanecía, podían dormir si acaso un par de horas antes de levantarse para los quehaceres de la casa. Y aunque las ojeras coloreaban sus caras, podían dedicarse a todo sin can-



sancio alguno. Pero al ponerse el sol se acercaban los problemas y no lograban descansar, y terminaban viendo la una el techo de madera y la otra las tablas de la cama de arriba. Al día siguiente, la hermana mayor leyó un libro que se había topado mientras limpiaba el ático.

El libro era una suerte de recetario que contenía preparados curativos con hierbas. Entonces se dio a la tarea de reunir las hierbas de lo que parecía ser el fin del tormento de cada noche. Antes de acostarse, sirvió dos tazas de aquella poción y las dos bebieron. La hermana menor, al cabo de un rato, alcanzó la profundidad del sueño. La mayor, por su parte, tardó un rato más en quedarse dormida. Despertó nuevamente horas después cuando la oscuridad aún abrigaba el cielo. Su cabeza le dolía y también sus oídos: escuchaba timbres agudos que parecían formar palabras, peticiones. La agobiaban, sentía cómo la sangre corría por su cabeza y el dolor amenazaba con hacerla gritar. Así que asintió a las voces y de un salto bajó de su cama, miró a su hermana dormida y la asfixió con la almohada.

¿Qué era eso? ¿Una historia macabra para atemorizarme la siguiente noche? ¿La ejecutaría en algún momento? ¿Sería un plan? No iba a darle tiempo de verme dormir, de asfixiarme o de envenenarme. Era ella o yo. Me levanté de nuevo, aún descalza, y me dirigí a la sala. Volví al cuarto con el florero de porcelana japonesa, lo puse debajo de mi brazo y subí la escalerilla de la litera. Ya arrodillada cerca de su cuerpo, levanté el florero y, con toda la fuerza que tenía, me dispuse a lanzarlo.

El cuento "Noche" pertenece al libro *Mi vida querida* (Munro, 2014b).



# Reescritura de “Madera”

Por Juan Carlos Gutiérrez

Al final del verano, Diane Lynott consiguió un empleo en la cocina del asilo del condado e ingresó dispuesta a dejar una buena impresión. Cuando pasó el periodo de prueba y tomó confianza, frecuentaba las salas de juegos y, en pocas semanas, se hizo amiga de las señoras. Tomaban el té y conversaban con sarcasmo acerca de los hombres, los Windsor y madame Bovary. Danielle, la médica que pasaba los jueves para las revisiones de rutina, decía que eran los ancianos más dóciles del condado, porque todos podían ver por sí mismos y, con algunas excepciones, eran disciplinados.

Diane se familiarizó con los hábitos, padecimientos y fármacos que Danielle le recetaba a cada huésped, como llamaban en la municipalidad a los viejos. El Codasén se usaba para la ansiedad, la oxitocina para la hipertensión. El Reuminasol servía para fortalecer las articulaciones de los artríticos como la señora O'Connor, la preferida de Diane. Para contrarrestar la agriera que producían los medicamentos ingeridos, Danielle repartía también tabletas de Magnisalum que los viejos olvidaban tomar. Diane, precavida, las acumulaba porque las necesitaba en casa, la agriera era un mal que padecía su familia.

—Querida, eso es gracias a todo lo mala que quise ser cuando estaba joven y no pude —dijo la señora O'Connor alguna vez en el comedor mientras revolvía una papeleta de calcio en el yogur. Se refería al reflujo que le causaba el Reuminasol.

—No sabe una hasta dónde alcanzará a aguantar —confesó Diane, como al que se le destiempla un diente.

—Enviudé a los sesenta, ni siquiera después de cuarenta años de matrimonio es tarde para liberarse —completó O'Connor.



Mientras estuvo en ese empleo, Diane era rápida y efectiva, por lo tanto, se sentía con derecho a entretenerse con las anécdotas, el bridge y el bingo. "Se necesitan instrucciones para ser feliz el resto de la vida, eso no se encuentra en los libros", le repetía O'Connor, más o menos. Cuando Diane llegaba a casa tarde en la noche se disculpaba, quería evitar revueltas, decía sin convicción que trabajaba horas extras para comprar el tratamiento de Tiger, su gran danés moribundo. También decía que se había muerto un huésped. Alguna vez habló de una epidemia de salmonela e inventó detalles. Al final, calmaba los ánimos de sus Lynott con las dosis de Magnisalum que guardaba en el bolso.

Diane había instalado un teléfono cerca a la despensa para comunicarse permanentemente con su casa cuando estaba en el asilo, así le ayudaba más fácilmente a tomar decisiones a Neil Lynott, su esposo, que administraba lo que quedaba de la granja. Él era más paciente con los genios de Landon, el hijo mayor, y Carter, el menor. Peter y Conway, los otros dos hijos del medio, vivían en Montreal y llamaban a veces para pedir dinero o quejarse por su francés retardado. Diane se sentía limpia llevando parte de su salario para que Neil comprara el pan, el jamón y las cervezas con que se alimentaban los hombres de la casa. La huerta, aunque estaba a la mano y podría producir algunas calabazas, no sobrevivió a los cambios de poder.

Neil Lynott era un incompetente, eso se sabía. Sus hermanos decían que había perdido inteligencia durante la batalla de Normandía. Por otro lado, los O'Netty, la familia de Diane que lo conocían de toda la vida, hablaban de un mal congénito. Neil era descuidado con todo, excepto con las carreras o el hockey, y Diane odiaba las disculpas alrededor de la guerra y que siempre se le ahumaran demasiado las salchichas durante los asados. Eso pasaba cuando la familia O'Netty se reunía y era difícil defenderlo de las burlas.

Al llegar a casa, Diane llevaba las viandas excedentes que repartían entre los empleados del asilo y, mientras devoraban la cena, Neil



hablaba de hockey, Landon, de reencarnación y Carter, de California. Ella sentía que solo podía hablar de las arrobas de verduras que procesaba, la lavada de vegetales y los contenedores con puré de papas, jarabe y endulzantes. Prefería callar los acontecimientos importantes de su vida: el romance con el chico de la calefacción y aquel con el hijo cantante de la señora Atwood. Las visitas a la cueva de su amigo Percy Marshall y los encuentros lujuriosos con dos de sus primos eran de conocimiento de todo el condado, pero en su granja no entendían ni los chismes.

Antes de trabajar en la cocina del asilo de ancianos, Diane exploró otro par de empleos. El primero, como auxiliar de una tienda de carretera junto al motel Roses. Debía limpiar los estantes y el baño, mantener a punto los pasteles y secar permanentemente el reguero de una gotera. Las lluvias de ese otoño estaban fastidiando las cosechas y la señal de televisión. Diane disfrutaba el tedio y empezaba a sentir que cualquier cosa era preferible a esperar en casa a sus hijos. Se sentía satisfecha y entendía la libertad de esa nueva esclavitud. Después de pocas semanas se accidentó con unas botellas de cerveza y cayó como una inútil delante del propietario –un turco o libanés, si es que había diferencia, el viejo olía a ajo de todos modos–. Él la miraba con malicia, como enfermo, estaba encantado con la redondez debajo del vestido caqui y sus ojos pardos, seguro. Su tía Lea le explicó después que en esos países los hombres preferían los ojos pardos. No quiero montarme en ninguna alfombra voladora, pensó Diane. Después, él la pilló reciclando el café de la máquina de expreso y comiéndose los sobrantes de los rollos de canela y aprovechó para despedirla. Diane reclamó el dinero de la indemnización, poco menos de cincuenta dólares, y con eso pudo ahorrar para la comida del cachorro Tiger, que comía como un caballo.

Después de la tienda, a Diane ya le gustaba salir de su casa con una misión distinta a mercar comida y detergentes: trabajar para comprarse algo que no le sirviera ni a ella, llenar el tanque de gasolina y no saber cuándo lo agotaría, financiarse un vicio y evadir los proble-



mas de esos hijos que se iban transformando en salvajes. Estas fueron entonces revelaciones nuevas. Quería sentir el fresco de la tundra y el sonido del trueno, como resumía Dolly Parton en la canción que sonaba una y otra vez en el pasacintas de su Volvo.

Su segundo empleo fue en el Rivers Hill, el hotel a veinte millas de la reserva. Se habían llenado las habitaciones por la temporada de cacería y se necesitaban ayudantes en la cocina. En su primera jornada de trabajo, Diane procuró la conversación con Yhin, otro ayudante, con quien esperaba entender las operaciones culinarias. Siempre sintió que cocinar para sus hijos era industria pesada, pero al hotel llegaron a hospedarse casi cien cazadores con algunas esposas: un batallón. "Los cazadores americanos prefieren las cornamentas. El resto, el whisky de centeno", decía Yhin y reía con sus dientes de tiburón. A Diane la sorprendía cómo él lavaba las copas de caviar a pesar de que le faltaban los dedos de la mano derecha. Una vez se distrajo viéndolo lavar unas copas de champaña, deslizaba la esponjilla entre la boca estrecha de cristal. Aunque las prisas y los gritos del jefe de cocina la intimidaban, Diane prefería ese ajetreo en vez de atender a sus cuatro salvajes y a Neil en casa. El tercer día de trabajo, ya quiso salir a fumar con Yhin al patio trasero y, aunque no probaba un cigarrillo desde que estaba soltera, recordó el tamaño de sus pulmones cuando aspiró el humo de aquellos Newport cortos.

Yhin tenía cincuenta años y había nacido en China. Diane pensó en Shanghái, siempre le gustó esa palabra, o esa ciudad, o la comida china. Yhin le contó que vivió la invasión y luego, en los sesenta, emigró a Canadá. Llegó a Victoria con un hermano que traficaba opio y estuvo cinco años en prisión, no dio más detalles. Luego vivió varios años en Calgary y trabajó en una fundición. Allí se casó con una mujer que lo dejó porque el trabajo cerca al alto horno lo dejó estéril, o algo así. Yhin hablaba con desidia de Alberta, de las canteras y las minas, dijo que había quedado con terror a los huecos, y se rio. Después ambos rieron. Diane nunca supo si Yhin perdió los dedos de la mano durante la invasión o en la cárcel o en la fundición. Pero sí supo de ese tacto



áspero cuando buscaron un escondite entre las escaleras que llevaban a un sótano. Al regresar a la cocina, Yhin dijo que nunca había hecho nada parecido. A Diane se le manchó el delantal con la grasa de una puerta.

Días después, Yhin se le acercó por detrás, le dijo bella y le regaló unos dumplings de pato que él mismo había hervido al final del turno. El gesto se repitió hasta que una tarde se cansó de verlo cerca, de escucharlo y deseó sacudírselo, pero no sabía cómo, solo había conocido un pretendiente en su vida, Neil, y rechazarlo era pura rutina. Tuvo que chantajear a Yhin con denunciarlo a la gerencia del hotel por escupir en los estofados si no la dejaba tranquila. Yhin era transparente, casi un espíritu, y la denuncia, falsa. Sin embargo, desistió de su enamoramiento con ese chantaje infantil, renunció y no se le volvió a ver.

—Tu amigo Yhin se internó en el bosque y nunca volvió a salir —le contó Percy Marshall tiempo después.

—Como si vigilaras la puerta del bosque —replicó Diane.

—Lo vi cruzar el arroyo y el terraplén de los Sutter —completó mientras le ofrecía un trago del Pastiche—. Ese bosque está lleno de trampas de hierro que llevan un siglo listas para atrapar osos negros.

Percy siempre hablaba de más. Una vez, dijo conocer el vuelo de las águilas cuando acechaban una presa moribunda. En otra ocasión, presumió ante unos turistas que reconocía las especies de árboles con tan solo tocar la corteza, “con nombres científicos para evitar ambigüedades”, dijo. Con suficiente whisky o marihuana, el viejo imitaba a los lobos y contaba cuántos había liquidado entre 1955 y 1956. Él mantenía sus culpas a la mano.

Diane sabía encontrar a Percy en el bosque o en la colina junto al embalse, colectaban setas y se gastaban las tardes fumando. Todo el pueblo creía que Percy comía en el tipi tendido detrás de la gasoliner-



ra abandonada, tenía un lecho junto al camión volcado y cocinaba entre los arrumes de chatarra. Pero él vivía en el sótano de la vieja casa cerca al hotel Rivers Hill y había que bajar ahí para sorprenderse con los objetos atiborrados y el olor a citronella. El pelo tieso, el camuflaje raído y la piel de arce de Percy le parecían pintorescos a Diane, y no solo a ella. Él debía mantener el semblante y su traje para las fotos que tomaban las esposas de los cazadores que se hospedaban en el Rivers Hill. La administración contrataba cada temporada a un profesor de fotografía y la casa del apuesto Percy, el anarquista, era un escenario obligatorio. Diane lamentaba que los setenta años del viejo rebelde no le bastaran para satisfacerse, aunque llegaron esposas que le compraban ungüentos de árnica preparados y untados por él mismo para aliviar el dolor en las rodillas y en la zona lumbar.

Diane estuvo seis meses más trabajando para la cocina del Rivers Hill, hasta cuando le pillaron una botella de champaña entre la ta-  
lega de los uniformes y la despidieron. ¿Sería tiempo de regresar a su propia cocina?, se preguntó. Sabía que sus cuatro hijos la extrañaban, pero también, que ellos preferían ir de cacería con su padre o con los Lynott. Precisas son esas trampas para osos negros entonces, pensó Diane.

Neil Lynott cobraba el subsidio de veterano de guerra y se ajustaba entre el bar y la granja. Después, abandonó el criadero de patos y prefirió ser contratista de la compañía telefónica para mantener esporádicamente las líneas.

—¿No te da miedo caerte de un poste por estar borracho? —preguntó Diane, alguna vez.

—No bebo suficiente para eso —contestó Neil.

—No hay tanto whisky en el mundo —dijo Diane, que muchas veces deseaba que se cayera, sobre todo cuando desaparecía en el Babylon, una carpa de feria tendida cerca al potrero de los Parker. Allí, cada



verano, funcionaba un burdel con prostitutas que llegaban desde Buffalo y Cleveland.

Percy le relató a Diane cómo las chicas del Babylon cruzaban el lago en un ferry ilegal y, durante la noche, llegaban en sus caravanas por una antigua carretera que los contrabandistas de Ohio abrieron durante la Prohibición. Percy guardaba la carpa en el sótano y cobraba por instalarla al final de la primavera. Se rieron. Diane le contó cómo se sentaba detrás de una roca a espiar la entrada a la carpa con binoculares y silla, y cómo estuvo a punto de ahogarse con una nuez. Siempre esperó ver a Roy, el carpintero misterioso, el esposo de su tía Lea. Pero él nunca aparecía y cuando Percy hizo un inventario de quiénes entraban, no mencionó a Roy. Diane dudó si se debía también confiar en lo que callaba Percy.

Otra tarde, sentada en la colina donde aserraron una plantación de cedros, miraba a Percy asar caracoles. Él le contaba cómo, durante una hambruna en Irlanda, los aprendió a salar para comérselos crudos. Diane sabía que su amigo hablaba de más, pero, por algún motivo, asoció los caracoles y el vapor que salía de las conchas a su historia. Temió morir confinada, ahogada o flotando en salmuera. Recordó cómo el aburrimiento del pueblo y sus padres la empujaron a casarse con Neil Lynott. Cuando hablaba con Percy, ese tipo de fantasmas se le revelaban, nítidos. Esa tarde también recordó cómo, semanas después de la boda, tuvo el impulso de perforarse la mano con el taladro en el taller de carpintería mientras Roy le enseñaba a fabricar un perchero. Ese impulso se repitió más de una vez. En otras ocasiones, Diane se robaba los frascos de barniz para olerlos y alucinar. Una tarde de primavera terminó nadando en el embalse y Percy la rescató con un lazo, ahí fue cuando ella empezó a tenerle confianza.

—Aullabas como una loba y te llevé al hospital en un tractor —contó Percy, una de tantas tardes.

—Solo tenía dieciocho años —explicó ella.



Diane creía que las jaquecas de Landon, su primogénito, eran culpa del barniz y del agua helada. Su tío Roy nunca notó sus impulsos de meterle la mano a la sierra o al taladro, ni la atracción por el barniz, pero sí notaba una calidez bajo su overol, la piel suave del cuello y los pechos hinchados. Por eso Diane decidió suspender su instrucción de carpintería. La confianza de Lea, su tía, no era negociable, pensaba mientras veía a los hombres entrar en el Babylon.

—Neil me quiere lejos de las pinturas, las herramientas y el aserrín —se disculpó con su tía. La disculpa era falsa.

—Está bien, una mujer de familia siempre tiene una disculpa —dijo Lea.

Neil pasaba penurias con Landon y Conway. Serían hijos eternos, pensaba Diane, y la granja cada vez estaba más echada a perder, cuando ella ya se encontraba tan dedicada a los ancianos. En el momento en que Francis, el jardinero del asilo, le habló de un apartamento en alquiler, frente al periódico, volver a su casa empezaba a salirse de sus planes. Si los chicos la necesitaban, bien podrían llamarla, ya estaban crecidos. Al final de las jornadas en el asilo, le gustaba quedarse aprendiendo de las enfermeras, “profesional en gerontología”, leía en las escarapelas. Aprendió a inyectar insulina y otras soluciones. También metía entre su bolso los medicamentos descartados y se los vendía a Percy. Su amigo decía conocer de fármacos, agrupaba las dosis en un pastillero y se tomaba una tanda cada noche antes de acostarse. Después de un fallecimiento, Diane heredó tres frascos de Trimidan, un tesoro, según Percy.

—Ya conoces tanto de viejos. Has aprendido mucho de las enfermeras —le dijo Danielle mientras compartían unos Newport largos.

—Es un trabajo prometedor, hay tantos, habrá siempre tantos —exclamó Diane refiriéndose a los viejos.



—En Buffalo te bastaría con presentar un examen para obtener el título y trabajar como profesional de gerontología —comentó Danielle.

—¿La tierra de las oportunidades? —preguntó Diane, sarcásticamente, para referirse al otro lado de la frontera.

—Yo me voy el mes entrante, quiero cambiar de ambiente —dijo Danielle—. Estoy cansada de vivir al norte del lago, tan higiénico.

—¿Higiénico? —exclamó Diane y rio.

—Sí. Nada pasa. Se aburre hasta el calor. Podría haber un ahogado de vez en cuando, ¿no?

—Tienes razón, los chicos se aburren acá, a menos que vivan en Toronto —asintió Diane.

—En Buffalo es igual, a la gente le da tedio y quiere irse a Nueva York, a Chicago —afirmó Danielle y aspiró como para inflar una pena.

—También se puede vivir feliz en el campo, ¿no?, o cerca al bosque —dijo Diane, parafraseando a Percy, también sabía que el bosque se lo traga a uno, está hecho para perderse en él.

—Te escribiré desde Buffalo —se ofreció Danielle, que le había cogido un poco de afecto—. ¿Vendrías? Podríamos ir a los casinos.

Todos los miércoles Diane acompañaba a su tía Lea al consultorio de reflexología. La terapeuta le trataba la depresión y un lumbago, le sobaba los pies hinchados y prendía unas varitas aromáticas, mientras le hablaba de medicina oriental y de la coca, una hoja del Perú que lo curaba todo. La reflexología hacía parte de un tratamiento holístico recomendado por la misma psiquiatra. Diane le sacaba a su tía algunas pastillas de Xanax mientras esperaba en una sala y leía la Cosmopolitan.



Una tarde, Diane buscó a Percy en su sótano y anunció que al asilo había llegado una carta para él.

—Como si alguien supiera que debías estar internado —dijo, cuando le entregó el sobre al viejo. Él leyó con rapidez.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó Percy, refiriéndose a una bolsa de papel con los frascos del Trimidan.

—Los heredé —contestó Diane—. ¿Podrás pagarme algo por ellos?

—Tengo esta carpa, es lo único —dijo Percy, refiriéndose a la carpa del Babylon. Era una lona verde y amarilla con dos postes telescópicos de metal retraídos. Tendida quedaba del tamaño del templo, recordaba Diane.

—¿Y qué puedo hacer yo con ese circo? —preguntó ella. Pensó en las bailarinas y las prostitutas sometidas a los hombres del condado.

—La instalaban en otros condados, ¿te conté? —indagó Percy—. En esta carta dicen que me pagan mil dólares por regresarla a esta dirección en Buffalo. Quieren grabar una película en ella o algo así.

—No está mal —dijo Diane—. ¿Y deberíamos llevarla?

—Sí, son ocho horas por la autopista, cuando mucho —exclamó Percy.

—Yo quisiera hacer una diligencia allá —comentó Diane, dubitativa—. También quisiera visitar a una amiga.

—Yo mismo la llevaría, pero tengo una llanta pinchada —dijo Percy y señaló la ruina de Oldsmoville oxidado junto a la chatarra.

—Era grande, debe pesar como una roca —afirmó Diane, refiriéndose a la carpa envuelta.



—Sobre todo mojada y congelada —dijo Percy riendo—. Necesitamos un camión. Y no creas, tampoco era demasiado grande, era suficiente.

—¿Para hospedar a todas esas chicas? ¿Para atender a los trabajadores la cantera? —preguntó Diane.

—¿Hospedarse? Las chicas se acostaban en sus furgonetas, ahí atendían —explicó Percy y señaló un cuarto olvidado en el fondo de su sótano—. Los muebles, los colchones y los divanes los tengo guardados allá, yo se los alquilaba al Babylon.

Diane pensó que quizá podría pedir prestado el camión de Roy, que era tan grande como la carpa y, en general, lo cargaba con atados de madera más pesados, era buena para calcular. Viajar a Buffalo le pareció definitivamente buena idea, el combustible costaría cincuenta dólares, más o menos. Podrían dormir en un motel antes de la frontera, veinticinco dólares, máximo. Le propuso a Percy el plan y no le dijo que contemplaba la posibilidad de quedarse a vivir en Buffalo con Danielle, tampoco le comentó que él mismo debería regresarle el camión a Roy.

—Lástima. No tenemos camión y no puedo conducir, la rodilla me duele —se disculpó Percy—. Esta semana me llegó tanta carne con una donación del hotel. El ácido úrico es vengativo. Te pagaría por diez pastillas de Rianamine, mi querida.

—Sí podemos, yo consigo el camión y conduzco —se adelantó Diane—. Y no te preocupes, yo sí sé conducir camiones.

—¿Y quién te lo prestará? —preguntó él.

—Le pediré el Mazda a Roy y te traeré tu Rianamine —dijo ella.

—¿Ese masón?

—Sí, Roy. Siempre ha creído que me debe algo.



—Pues si tú lo dices. Por lo pronto dile al casto José que camine con cuidado por el bosque de los Sutter, no es de leyenda, se ha tragado a muchos —advirtió Percy refiriéndose a Roy, nunca pareció quererlo.

—¿Cómo es eso? —Diane pidió una aclaración.

—Sí. Dile que la plantación de los Sutter está sembrada de trampas para osos —explicó Percy. Aborrecía la ingenuidad de Roy y se le notaba demasiado.

—¿Por ahí fue donde se perdió Yhin? —preguntó Diane—. No le habrás contado esa leyenda.

—No quisiera asustarlo —dijo Percy malicioso—, inventé otra historia.

—¿Por qué no le dijiste lo de tus trampas? —preguntó Diane insistente—, ¿es una fantasía?

—A veces tu tío divaga sobre los árboles. Los árboles no son poesía y lo de las especies es una farsa de los científicos.

—Ahora quiere quemarlo todo —dijo Diane.

—Le estorba ver tanto desorden en el bosque y se olvidó de lo importante, de los muebles, de las mesas, del martillo.

—Todos sus clientes se quejan —añadió Diane.

—Una vez le llevé un baúl para restaurar y se quedó con él —dijo Percy—. Valía un dinero.

—Ahora también le falla la memoria, a veces olvida recoger a Lea —contó Diane—. Ella no cree, Roy recuerda los nombres de los árboles, pero olvida lo que pasará mañana.

—Recuerda los nombres vulgares que cambian en cada pueblo, con cada carpintero —aclaró Percy—. Los inventa.



—Mala suerte para la pobre Lea.

—El lobo cuando envejece ataca a los otros lobos y lobas de la manada, se olvida de los que han cazado con él —contó Percy.

—La manada se encarga de eliminarlos, me lo habías contado ya —dijo Diane.

—Toca contar las historias muchas veces, solo así te entienden.

—Los Lynott, mis hijos, lo llaman ogro. Roy no habla, solo gruñe y odia a la gente —contó Diane mientras sacaba del cajón del Volvo un acumulado de botellas de aceite usado. Percy fabricaba jabón y lo vendía en la feria.

Se despidieron y Diane se fue a pedir el camión. Habló con Lea y le llevó un frasco con ungüento de árnica, a ella le convendría probar las manos y las rocas calientes en el tipi de Percy. Lea se quejó del dolor en las articulaciones. Se queja demasiado, debería tener una banda de hambrientos esperando la cena en casa para que entienda qué significa levantarse de la cama, pensó Diane. Después se sintió egoísta con su tía y le explicó que el dolor podía ser un efecto secundario del Xanax, aunque no estaba segura. Diane pensó que la medicina a veces se trata de improvisación y quizá Lea, que ya llegaba a los sesenta, podría ser una futura huésped en el asilo. Quería contarle de la escapada que estaba improvisando, pero seguro le partiría el corazón a su tía.

Cuando saludó a Roy, le pidió prestado temporalmente el camión. Le inventó que Tiger debía ir al veterinario y la disculpa era más o menos cierta. Tiger estaba sufriendo demasiado de las rodillas y la cadera para apenas tener cinco años, quizá deberían sacrificarlo pronto. Neil dudaba de que se pudiera hacer algo más por el perro, habló de dispararle y Diane sentía que perder a Tiger era otra motivación para escaparse.



Roy accedió al préstamo de su camión sin hablar mucho. Diane le ofreció el Volvo mientras ella escapaba. Si no fuera porque lo conoce de toda la vida, Diane pensaría que Roy evitaba gastar palabras con alguien como ella, o como Lea. A veces sentía que era como hablarle a un árbol, o a Jesús. Con suerte lograría sacarle el tanque de gasolina lleno y aprendería a manipular el malacate para enganchar la carpa y los postes. Roy salió con prisa, al parecer debía hacer algo en el camión antes de prestarlo.

Cuando estaban a solas, Lea habló de la falta de atención de Roy, de esos olvidos que a veces la asustaban y la desvelaban, de cómo se obsesionó por talar el bosque de los Sutter. Diane le comentó de los peligros de rondar entre esa plantación. Lea se preocupó, vació su tasa de café en el lavadero y salió en su auto, ni siquiera alcanzó a despedirse. Empezaba a nevar, Diane se dio cuenta de que era la primera vez que Lea agarraba un auto en meses, pensó que la reflexología por fin estaba resultando.

En la tarde siguiente, Diane llegó a la casa del ogro y encontró las llaves del camión en el parabrisas y una nota en la que Lea le explicaba: "Salí con Roy para el hospital. Nada grave. Suerte con Tiger". Diane, a veces, por no decir que casi siempre, pensaba lo peor. También deseaba lo peor. Decidió apresurarse, no fuera que un evento desafortunado la desviara de su libertad. La tarde anterior sería la última vez que hablaría con su tía, pero eso ninguna de las dos lo sabía aún.

Diane empacó dos maletas desajustadas y las amarró con cuerda para que no se abrieran. No tenía muchas cosas valiosas y sí varios abrigos, un perfume y una vieja bufanda de cachemir robada a su amiga, la señora O'Connor. Más pantalones y camisas que vestidos y dos pares de zapatos pasados de moda. Todo lo empacó mientras Neil, Landon y Carter estaban distraídos viendo el partido de los Maple Leaves. Percy montó una tula militar con una bolsa de dormir y unas mudas de ropa que seleccionó de una donación. Guardaron todo detrás el espaldar de las sillas del Mazda.



Elevaron la carpa con el malacate y la acomodaron sobre los postes que se alcanzaron a salir un metro fuera del platón. Percy improvisó un letrero con un azafate y escribió con brea: “Carga enorme”. Había nevado en la noche y parte de la mañana, y Diane debía conducir con la doble tracción. Unos dólares más de combustible, pensó. El viejo Percy se aseó y se puso un traje de lino bajo un chaquetón de cuero. “No todos los días te van a fotografiar los turistas”, dijo con sarcasmo y se puso unos lentes oscuros.

Diane estaba nerviosa, no soportaba ese olor a lavanda con el que su cómplice disimulaba la suciedad del lino negro. Sin embargo, siempre había considerado a Percy un buen amigo y estaba segura de que podría confiar en él para regresarle el camión a su tío. Con esa voz de sabelotodo y las muñecas rudas sabría frenar la rabia del Neil abandonado, mientras le explicaba. Diane investigó la dirección del comprador de la carpa y también marcó la ruta en unos mapas que negoció en el asilo con un camionero retirado.

Solo ocho horas la separaban de su examen para asistente de gerontología y con el pago de la carpa podría alquilar un sitio y buscar trabajo en el asilo junto a su querida Danielle. No estaba escapando de una cárcel y no todo debía planearse al milímetro. Además, estaba convencida de que las cosas casi nunca salen como se planean. Nevaba. Gastó solo unos minutos, quizá media hora, imaginando el desconcierto de los muchachos y a Neil cazando una mosca que se hubiera colado en la sala.

El camión con la salmuera pasó en sentido opuesto bañando el pavimento y pitó como avisándoles algo. Un carrotanque se parqueó a la orilla de la carretera. El conductor arrastraba el cadáver de un venado de la calzada, recién lo había atropellado. La nevada no era tan intensa como para cubrir la sangre.

Diane estuvo buscando la forma de contarle a Percy el plan, pero temía que se quedara a vivir con ella y si era así, ¿quién le devolvería



el camión a Roy? Percy sospechaba, seguramente. Él sabía que era una mujer de mundo, una mujer de mundo que le rompió el corazón a un chino, a un libanés y a un irlandés retardado. Recordó cómo su viejo amigo se burlaba de sus amantes. Percy, para amenizar el viaje, volvió a contar cuando se enlistó para las reconstrucciones en San Lorenzo, operar la artillería antiaérea y esperar los nuevos ataques japoneses, el exterminio de los lobos. Habló mal de la reina, de los Windsor y del futuro. Así se fueron las horas. Extrañaría a Percy.

La rueda izquierda pisó un separador y perdió el control en la carretera congelada. Diane puso el pie en el freno y Percy le ayudó a mantener firme el volante. Sin embargo, el camión se deslizó por la berma a un pequeño pero profundo brazo del lago que estaba cubierto con una capa de hielo fina. Habían subestimado la tormenta y conducían sin la doble tracción. El camión se fue hundiendo lentamente y Diane no gritó y se quedó paralizada. Percy intentó salir, pero las puertas se trabaron y la ventana de la espalda estaba bloqueada por la carpa. Mientras tanto, Diane alcanzó a ver las luces del camión proyectadas en la profundidad del lago antes de fundirse. Mientras Percy seguía luchando contra las ventanas, Diane recordó los caracoles, porque el vapor del motor se metió por los respiraderos de la cabina.

El cuento "Madera"  
pertenece al libro *Demasiada felicidad* (Munro, 2013).







3

**ALICE  
MUNRO  
SEGÚN**

**ERNEST  
HEMINGWAY:**



*reescrituras de*

*"Pasión"*

*y "Lo que se recuerda"*



# POÉTICA DE ERNEST HEMINGWAY

Dice Hemingway:

La primera impresión del lector será que en tu cuento no sucede nada impactante. Pero eso se quedará, nada más, en una primera impresión. Tu cuento oculta un secreto y una primera lectura no será nunca suficiente para captar la gravedad del asunto. Si conoces lo suficientemente bien aquello sobre lo que escribes podrás jugar con la estrategia del silencio. Recuerda: la dignidad del movimiento de un iceberg se debe a que solamente un octavo de su masa aparece sobre el agua. Allá en el fondo, en silencio, están los siete octavos restantes, los que provocan el impacto más contundente. Así mismo opera un cuento.

Consejos del autor:

- i. Antes de empezar a escribir el cuento repite el siguiente mandato: prosa es arquitectura y no decoración interior.
- ii. Modera (y, si es el caso, mutila) cualquier exceso en la escritura.
- iii. No estropees tu obra por egotismo: deja de ser vanidoso. Tu cuento no es el espacio para demostrarle al lector que eres culto, conoces los viejos maestros y sabes de música, pintura, literatura y ciencia. Si tus personajes hablan de esos temas en la cotidianidad de la vida que les has creado, bien. Pero si eres tú, autor novel, quien habla a través de ellos para mostrar lo que sabes, serás un impostor o, peor aún, un presumido.
- iv. Tus personajes se conocerán por lo que dicen y hacen. El narrador, en cambio, hablará poco. El diálogo será la estrategia de tu cuento.



- v. Despoja tu cuento de cualquier asomo de suntuosidad. No es lo mismo un escritor serio que uno solemne.
- vi. Por último: lee de nuevo el cuento y quita todo lo que sobra: adjetivos, palabras rebuscadas, meditaciones en exceso.

Síntesis de la poética de Ernest Hemingway elaborada por  
Danielle Navarro y Maria Camila Alzate a partir del capítulo 16 del libro  
*Muerte en la tarde* (Hemingway, 2006).



# Reescritura de “Pasión”

Por Danielle Navarro

La autopista siete del valle de Ottawa está bordeada de árboles. Son tan altos que en ocasiones la avenida parece un túnel, cuyo techo es un dosel que deja entrar uno que otro rayo de sol, cuando hay. La calle está vacía. Apenas se ve un descapotable a toda velocidad que viene desde el hospital de Carleton Place hacia el oeste.

—¿Ya te sientes mejor?!

El grito en forma de pregunta es del conductor del descapotable, Neil. Tiene que alzar la voz porque el viento es tan intenso que absorbe la conversación. La interrogación está dirigida a Grace, quien va sentada en el asiento contiguo y tiene el pie derecho vendado. Ella no está acostumbrada a viajar en un descapotable. El viento aleteando en la cara, palpitando en los oídos y enredándole el pelo: un vuelo perfecto. Grace no quiere gritar, entonces asiente con la cabeza para responder la pregunta de Neil, el médico que hace un momento le vendó el pie y le puso una inyección contra el tétano. Al caminar descalza en el parque de la casa de la familia Travers, Grace se cortó el pie con una concha. La herida no era muy honda, pero era mejor poner la inyección para prevenir cualquier tipo de contagio. Eso le había dicho el médico.

Grace observa a Neil desde su asiento y recuerda el olor a licor que emanaba de él cuando se acercó a ella para examinarle el pie en la baña de los Travers. El olor debía ser ahora más intenso.

El túnel de árboles que rodea la carretera empieza a desvanecerse y en los campos aledaños aparece un conjunto de construcciones variopintas: casas de familia, talleres, lotes baldíos y una que otra fábr-



ca. El auto desacelera cuando se acerca a una encrucijada que divide la vía.

—¿Verdad que no queremos regresar aún? —pregunta Neil luego de beber un trago de whisky de una pequeña licorera.

Al bajar la velocidad del auto, el viento golpea con menos intensidad. No ensordece ni impide la conversación y, sin embargo, Grace sigue muda. Mueve la cabeza, diciendo que no. Neil bebe otro trago y Grace recuerda que unas horas antes la señora Travers le había pedido que mantuviera a su hijo alejado del alcohol.

—Maury es un buen tipo —dice Neil—. ¿Cuándo es? ¿Estás contenta?

En ese instante aparecieron en la mente de Grace las imágenes de las tardes con Maury en el carro. Recordó cuando él la miraba con ojos de disposición y promesa, pero sin una pizca de avidez. La miraba sobre todo con respeto. Cuando Grace le acariciaba el pecho y la espalda o intentaba besarle con intensidad, él le tomaba la mano con cariño y, como si estuviera acariciando un cachorro, le acercaba su mejilla, la llenaba de besos y le decía palabras tiernas. Sentía hacia ella, antes que nada, respeto o, quizá, pudor. Sí, más bien pudor. ¿Eso es lo que hace que él sea un buen tipo?

Grace se siente inquieta en su asiento y se ladea un poco hacia Neil. Estira el brazo hacia atrás y abraza la cabecera de la silla.

—Todavía falta —responde Grace—. Maury dice que debemos esperar hasta que él pueda trabajar como ingeniero.

La boca de Neil hace la mueca de un adolescente que trama algo con disimulo y está convencido de que solo él sabe de qué se trata. Toma el camino que los aleja de la casa de verano de los Travers y no repara en que la familia los espera. A fin de cuentas, Mavis y las niñas ya están acostumbradas a su ausencia, así que no importa. Su madre anhelaba verlo — él sabía que ella lo prefería a él más que a su hermano— pero



fue la misma señora Travers la que más insistió en que Neil acompañara a Grace al hospital.

—Cuéntame dónde vives. Qué haces. En qué trabajas —pide Neil—. Me gustaría oírte hablar.

Grace guarda silencio y piensa si será interesante hablarle de la vida con sus tíos, del trabajo con las sillas de mimbre, de su empleo en el hotel, de sus padres muertos o de sus deseos de estudiar física, química, trigonometría y matemáticas, aunque sean materias demasiado complejas para una mujer.

—No tengo una vida muy interesante. Mi tío quiere que tome su lugar en el negocio familiar de las sillas de mimbre.

—¿Y te gustaría hacerlo?

Grace guarda silencio otra vez. Deja de abrazar el respaldo de la silla y apoya el codo en la ventana.

—Mmm. No. Creo que no.

—¿Qué te interesa entonces? —pregunta Neil.

—Me interesa saber qué vas a hacer conmigo ahora.

Neil bebe otro trago de whisky. De nuevo, la sonrisa adolescente.

—¿Quieres?

—No —miente Grace.

La tarde avanzaba y la familia Travers debía de estar preocupada, al principio, porque algo podría haber sucedido en el carro, pero, después, por la cercanía prolongada de Neil y Grace. ¿Estaba Grace en peligro? Maury estaría sin duda ansioso. Conocía bien a su hermano. ¿Él la había obligado a permanecer allí?



—¿Sabes conducir?

Grace movió la cabeza diciendo que no.

—¿Te gustaría aprender?

La calle estaba vacía y era un muy buen lugar. Grace tomó el asiento del conductor y Neil le explicó brevemente cómo poner los cambios y los pies. El freno, el acelerador, primera, segunda, tercera.

El arranque del carro la asustó y sintió un deseo inmediato de parar y volver a su puesto.

—Calma, calma —dijo Neil—. Préndelo de nuevo.

Grace prendió otra vez el carro y arrancó.

Sintió a Neil demasiado cerca y el olor a whisky se hizo más intenso. Neil apoyó la mano derecha sobre la de Grace para orientar el volante y la izquierda la puso en el muslo. La acarició.

Grace se vio tentada a responder la caricia. Miró sus ojos opacos, perdidos entre los párpados de arriba. La boca ancha. La sonrisa de alcohólico juvenil. Pensó en un posible acuerdo mutuo. Un juego. Un arrebató.

—Ahora haz lo que te diga. No pares. Mantente en el camino, procura estar siempre dentro de tu carril y todo estará bien. Eso.

Al poco tiempo, Grace tenía pleno control sobre el volante y se sentía segura. Era como si dominara el carro. Se deleitaba con el aire frío. La recta prolongada no le exigía mucha destreza, así que se dejó llevar por el acelerador y así anduvo un buen rato.

—¿Me regalas un trago de whisky?

Neil no respondió.

—Neil.



Neil se había quedado dormido. La licorera ya estaba vacía. Estaba abierta y en el suelo, cerca de los pies de él.

—Neil. Despierta.

Tenía la boca abierta y roncaba. Grace le acarició la pierna para despertarlo, el pecho, los brazos. Nada. Vano.

Aún no estaba oscuro y cerca había un parque, entonces Grace decidió estacionar el carro y bajarse un rato. Caminó despacio para no forzar el pie herido y se sentó un rato en la grama. Pensó de nuevo en la posibilidad del acuerdo mutuo. El juego. El choque de cuerpos, de lenguas. La piel. Grace se acarició el brazo y se dio cuenta de que estaba sucia, llena de polvo por el viaje. Encontró en el parque un grifo de agua y se lavó la cara, las manos y regresó al auto.

Neil seguía dormido.

—Neil, pronto empezará a oscurecer. Debemos regresar.

Neil decía unas pocas palabras enredadas, como intentando despertarse, pero no era capaz.

—Neil, estás borracho. ¿Cómo vamos a regresar?

Parecía imposible despertarlo. Hacía rato habían dejado la autopista siete y Grace no sabía dónde estaban, pero no le quedaba más remedio que prender el carro y elegir una ruta.

—¡Neil! ¿Dónde estamos? Despierta, por favor.

Grace no sabía qué dirección tomar. Las calles le eran desconocidas y estaban vacías. Había que mantenerse en el camino, como él le había indicado, así que arrancó y siguió adelante.



—Con Maury esto nunca me hubiera pasado —dijo Grace y, de pronto, se dio cuenta de que se había olvidado de Maury. Y de los Travers. ¿Qué estarían pensando sobre ella?

—¿Esto es una broma, Neil? ¿Cómo puedes quedarte dormido?

Empezaba a oscurecer. El aire helado de la noche le golpeaba la cara y la hacía temblar. No sabía cómo manejar bien las luces y, si hubiera habido un carro atrás, le habría pitado para que las bajara.

Pero no había nadie. Grace estaba asustada y quiso llorar. Iba despacio, concentrada en la ruta desconocida, en la lección recién aprendida y, por un rato, se olvidó del asiento del lado.

De pronto apareció una señal, un milagro que anunciaba el camino de regreso a Baileys Falls. Solo catorce kilómetros. Grace sintió un alivio que no conocía, y no era solo por haber encontrado el camino de regreso.

Cuando llegó al parqueadero, vio que Neil estaba despierto, sin asombro por lo que ella había hecho.

—Con que aquí es donde trabajas.

Grace no dijo nada.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por la compañía.

Por última vez miró los ojos opacos. La sonrisa adolescente. El olor a alcohol. ¿Cómo había podido creer en la posibilidad del acuerdo mutuo, del juego, del choque? *Lo visto era definitivo: agua fría, desapasionada.*



No estaba convencida de la lucidez de Neil ni de su capacidad para conducir en ese momento. Los ojos perdidos en los párpados de arriba le hacían pensar que aún estaba medio dormido, medio borracho, y entonces recordó a la señora Travers y al padre de Neil, que hacía poco se había suicidado. ¿Cuánto se parecía Neil a su padre?

Grace no reparó más en el asunto. Tampoco le insistió a Neil que se quedara. No pensó más en él, menos en Maury y tampoco en la familia Travers.

Se sentía ligera y aliviada. Solo quería entrar a su casa, estar a solas y reírse.

El cuento “Pasión” pertenece al libro *Escapada* (Munro, 2015).



# Reescritura de “Lo que se recuerda”

Por Maria Camila Alzate

Temprano ese día, Meriel recogió el correo acumulado en el transcurso de la semana y lo dejó encima de la mesa del comedor sin darle mucha importancia. El día transcurrió mientras ella realizaba las actividades mundanas que venían con el papel de ama de casa: limpiar, atender a los niños, disfrutar la soledad. Al final de la tarde, Pierre volvió del trabajo como profesor en la universidad. Era este momento el que la pareja tomaba para ponerse al día y, en ocasiones como aquella, revisar su correo. Meriel tomó su lugar en la mesa al frente de Pierre, como le correspondía. El murmullo de los niños se oía a lo lejos.

Tras un par de minutos, en medio de la rutina de revisión de cuentas y cartas de familiares cercanos, se asomó de entre el montón un sobre con un nombre que la pareja no veía desde hacía un par de meses. Por alguna razón, la madre de Jonas insistía en mantener el contacto con Pierre y Meriel, tal vez como un reflejo de los instintos maternos que necesitaban un nuevo objeto de atención luego de la muerte de Jonas. Gracias a la amistad de sus padres, Pierre y Jonas se criaron juntos en Vancouver occidental, atravesando al mismo tiempo las molestas etapas en el paso de la niñez a la adolescencia y, luego, se separaron para asistir a la universidad: Jonas a estudiar ingeniería y Pierre, clásicas. A pesar de la distancia que separaba los rumbos de su vida, los dos amigos lograron mantener el contacto hasta la muerte de Jonas. Un accidente, era de noche y estaba conduciendo su moto sobre el asfalto. Resultó saliéndose del camino. Cuando lo encontraron, ya estaba muerto. Tenía heridas mortales, dijeron. Hasta ese día fueron tan cercanos como podían serlo las amistades adultas. Tal vez por esto fue sencillo para la madre encontrar en Pierre un nuevo receptor de su ansia maternal, ahora huérfana.



Pierre abrió el sobre y sacó de él una carta acompañada de un recorte de periódico. Sin detenerse mucho en este, se lo pasó a Meriel para que se enterara del asunto del que trataba. El pequeño titular anunciaba: *Un médico muere en accidente de aviación*. Y debajo, con la letra de la madre de Jonas: *¿Se acuerdan del doctor que vino al funeral de Jonas?*

Un momento de silencio.

Meriel desvió la mirada del papel que sostenía en las manos y le preguntó a Pierre:

—¿Tienes alguna idea de por qué fue al funeral?

—Debían de ser más o menos compinches. Dos de esas almas perdidas allá en el norte.

Un nuevo silencio. Por su cara, se podía decir que Meriel recordaba.

—Cuando nos dieron la noticia de la muerte de Jonas, en lo primero que pensaste fue en un suicidio...

—Ya te lo dije esa vez, fue solo un pensamiento. Él tenía cierta ligereza en su forma de existir, como si solo ocupara el presente. El otro, el médico, me contó en el funeral que una vez había llevado a Jonas a enseñarle a volar. “Nunca más”, dijo. Tal vez eso me lleva a pensar que ambos compartían esa manera de ser.

Meriel no respondió al comentario de su esposo, solo miraba atentamente la foto, un tanto borrosa, del médico. Ciertamente no era una actual, pues ahí ofrecía un aspecto más juvenil del que debió de tener al momento de la muerte. Pierre se removió en su asiento.

—¿A ti no te llevó a alguna parte? ¿Adónde fue?

—A Lynn Valley, a ver a mi tía Muriel.



Lynn Valley, el ancianato donde vivía Muriel, mentora de su madre y luego la suya propia. De ella había heredado su nombre anticuado que, al cumplir la edad adecuada, fue cambiado por Meriel. La vieja Muriel llevaba un buen tiempo viviendo en este lugar y el trayecto que Meriel debía realizar para llegar desde Vancouver Island, en donde estaba su casa, era demasiado largo como para visitarla frecuentemente. El funeral de Jonas en Vancouver facilitó la escapada para visitar a Muriel, una vez los servicios funerarios y la reunión posterior se terminaran. Asimismo, en esa ocasión fue demasiado conveniente que el médico se ofreciera a llevar a Meriel hasta Lynn Valley, en el carro alquilado que había llevado hasta el funeral, lo que le ahorró el viaje en autobús.

—¿Y de qué hablaron?

—Me resultó difícil hablar con él. Pensé que me iba a dejar en la puerta de la residencia, pero entró conmigo. No sé por qué lo hizo, en el trayecto hasta allá fue muy seco y formal... pero pareció caerle en gracia a la tía Muriel. Quizás en ese momento vio algo en él que nosotros no.

—¿A qué te refieres?

—Verás, fue algo sin importancia. En el momento en el que entramos a su cuarto ella empezó a actuar extraña, miraba, con los ojos apretados y una medio sonrisa, al médico y luego a mí. Al momento de presentarlos, la tía Muriel dijo algo sobre haber sido un demonio en su juventud. No, no fue así. Ella le dijo: "Yo también era un demonio".

—Pobre tía Muriel, tal vez en ese momento ya había empezado a delirar.

—Y no solo eso. Empezó a contar historias extrañas, eróticas, de su juventud. Nos incitaba con escenas oscuras y lujuriosas, con un toque de aquelarre sexual, que tenía en sus recuerdos. ¿Ya te conté esto?



—No, nunca.

—Me parece increíble que no te lo haya contado antes. Habló de aventuras que tenían en la casa de unos amigos, en Bowen Island. Primero, se emborrachaban hasta perder la cabeza, rodeados de velas encendidas y música de fondo. Luego, dijo algo de intercambios de besos, todos se besaban entre sí y se escapaban al bosque. Nos contó que una vez le vendaron los ojos, varios hombres. Ella dijo que lo había aceptado, pero que, al final, los pudo ver.

—¿Y cómo reaccionó el médico? Me imagino que se sintió fuera de lugar.

—No, en realidad parecía bastante divertido con toda la situación. También me miraba a mí, de vez en cuando. Los recuerdos se ponen borrosos. Sé que salimos de ahí y él me siguió. Puso una mano en mi espalda, la deslizó casi hasta la cadera, donde el vestido se había pegado un poco por el sudor.

Meriel paró la conversación. Bajó la mirada y con una de sus manos empezó a acariciar la otra, como si fuera un reflejo. Pierre la miró hacer este movimiento sutil, vio cómo se atascó en él.

—Ese día hacía mucho calor y todavía restaban un par de horas para el ferry. Fuimos a Stanley Park, solo un rato, ¿no te lo dije ya? Creo que era un día maravilloso. Nada más.

Pierre cogió el recorte de periódico que Meriel había dejado sobre la mesa mientras contaba toda la historia. Volvió a detallar la foto y buscó algo en medio del texto.

—¿Recuerdas cómo se llamaba este médico? Acá parecen no decirlo.

—Asher, algo Asher. Sí, ese era su apellido.

Al interior de la casa, todavía se escuchaban las voces de los niños, una discusión infantil o alguno de los juegos que tienen lugar en esa etapa de la vida. Pierre volteó el recorte de periódico y lo puso una vez



más sobre la mesa, dando por terminada esa pequeña conversación. Tomó otro de los sobres que estaban apilados entre la correspondencia que aún tenían que revisar, sin reparar mucho en qué hacía Meriel.

—En Stanley Park hacía un día maravilloso, realmente maravilloso. Luego del ambiente raro que tenían las historias de la tía Muriel, el día fue increíble. Fuimos hasta el Punto Panorámico, había tanta gente. Llegué a pensar que no conseguiríamos aparcamiento para descansar un rato y ver cómo se ponía el sol.

—Ya veo.

—Le dije que me llevara a otro sitio.

Ahora fue Pierre quien permaneció en silencio, mirando a su Meriel levantar la mirada hacia él y sosteniéndola solo un instante. Luego volvió a bajarla, esta vez a la mesa, y agarró ella misma otro de los sobres, lo abrió y sacó su contenido.

—Después me llevó en su auto alquilado hasta el muelle, justo a tiempo para tomar el último ferry del día. Ahí nos despedimos y fue la última vez que lo vi. Mira cómo pasa el tiempo, y ya está muerto. En definitiva, solo nos quedan las historias, ¿no te parece? Somos personajes en las historias de otras personas.

Meriel volvió a subir la mirada hacia su esposo un instante y le dirigió una sonrisa, antes de seguir explorando el contenido del sobre que tenía en sus manos. Pierre entonces entendió que el tema ya había terminado, por lo que retomó la revisión de la correspondencia. Esa noche no se discutió ningún otro asunto.

El cuento "Lo que se recuerda" pertenece al libro *Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio* (Munro, 2014c)







**ALICE  
MUNRO**  
**SEGÚN  
JULIO CORTÁZAR:**



*reescrituras*

*de "Las lunas de Júpiter"*

*y "El sueño de mi madre"*



# POÉTICA DE JULIO CORTÁZAR

- i. Recorta un fragmento de la realidad, fijándole determinados límites, pero de manera tal que ese recorte actúe como una explosión que abra, de par en par, una realidad mucho más amplia. Ese será el tema de tu cuento. Pero recuerda: aún no tienes un cuento.
- ii. Búscale una significación, no te quedes en la anécdota. Tu cuento ha de despertar en el lector lo que te llevó a ti a escribirlo.
- iii. Un buen cuento es incisivo, mordiente, sin cuartel desde las primeras frases. Elimina lo que no sea esencial. Aquí tienes dos caminos: ir directo al corazón del drama o acercarte lentamente a lo contado, de manera que el lector no pueda sustraerse de la lectura.
- iv. No te inhibas con la fantasía. El cuento es la posibilidad de crear una realidad más grande, elástica y expandida, en la que entra todo. El cuento siempre puede entretejer un orden más secreto y menos comunicable.
- v. Asegúrate de que, al finalizar el cuento, el lector quede con la idea de una fotografía con límites precisos que proyecta una especie de aura fuera de sí misma y deja la inquietud de imaginar lo que había más allá, a la izquierda o a la derecha.

Síntesis de la poética de Julio Cortázar elaborada por Carolina Vásquez y Valentina Jaramillo Appleby a partir del texto “Algunos aspectos del cuento” (Cortázar, 1993).



# Reescritura de "Las lunas de Júpiter"

Por Carolina Vásquez

No sé muy bien qué es lo que busca un reportaje en el que el contador de muertes se reproduce como si fueran números de una lotería o de un bingo. Abres el periódico y, con los buenos días, el café derramado, dos, tres, siete muertes por enfermedad, asesinato, accidente. La vida y la muerte cifradas en un número. La sección del horóscopo ofrece mejores perspectivas, no solo porque no habla de muertes, sino porque al menos imagina historias presentes y futuras, con todo y su melodrama de que es la oportunidad para emprender proyectos y la vida familiar atraviesa dificultades y uno ya lo sabe, pero no esa manía de ponerle matemáticas a lo inconmensurable. Había recibido una carta de Nichola muy temprano (nunca recibía llamadas de ella, mucho menos una carta) y varias llamadas de mi hermana Peggy. Si no le contesté a Peggy ni abrí la carta de inmediato fue porque me encontré con un descuido de digitación en el periódico, por no decir un acto de mala fe, que merecía una explicación.

Ingresé en la sección de reportajes con el temor consabido que me produce leerme a mí misma. Podía imaginar a mi padre diciendo *"no tengo una gran opinión de ese reportaje"*, lo que produciría en mí una familiar *tristeza de espíritu*. Era posible que nadie lo leyera, que pasara desapercibido. Si tenía suerte, quizás en unos días lo olvidaría y escribiría otro mejor que pondría a circular mi talento en mejores términos. Si a alguien le llegara a interesar, no me enteraría, a lo sumo, recibiría los elogios condescendientes de un par de familiares cuyos rostros me eran ya indistinguibles: "Muy bien para una mujer como tú", "se nota que pusiste tu empeño" o "por fin te encuentro en un periódico importante". De la última vez que publiqué en Maclean's un reportaje muy bien valorado por los lectores (había recibido varios mensajes), recuerdo la presión en el pecho y el sentimiento de ser aplastada por



una suerte de superstición que siempre me acomete cuando alcanzo algún logro que luego me persigue como el presagio de una catástrofe inminente. *El mensaje de mi padre había sido claro: hay que luchar por ganar la fama y, después, pedir perdón por ella, tanto si la consigues como si no.*

En la esquina inferior derecha encontré mi rastro, el título que había repasado cincuenta veces antes de enviarlo. Releí el texto sin mucho cuidado, pero sí con todo el pudor: encontré dos adjetivos innecesarios, inadmisibles para una escritora. Me reproché no haber revisado mejor. Rápidamente localicé el equívoco, acerqué el periódico para cooperar con mis ojos miopes, me confié a una lupa que desmintiera el impase, pero no, ahí estaba legible e irrefutable. Que confundan tu nombre con unas letras mal ubicadas no es ninguna trivialidad, lo realmente problemático está en que sea algo tan sencillo, tan de prestar un mínimo de atención y de tener un grado de respeto hacia una persona que cree en la función de las palabras y que por eso escribe. Que una cosa no es casi lo mismo que otra, como no es casi lo mismo Janet que Jerry. No tenía que esforzar mi imaginación para escenificar la risa indulgente que le produciría a mi padre. Y justo las llamadas perseverantes de Peggy, en ese momento, un poco inoportuna considerando que eran las ocho, la hora precisa para que contestaran en la editorial, resolver esta urgencia lo más rápido posible y poder ocuparme de lo verdaderamente importante. No fue así. Tuve que salir de inmediato a la sede principal. Guardé el periódico, envolví en él la carta, una caja de cigarrillos y mi documentación.

Lo que me encontré en la editorial fue la negligencia de una secretaria a quien le pareció que la equivocación no representaba un gran problema, que eso les pasaba todos los días a los mejores escritores, lo mismo que a mí, que apenas soy una recién aparecida, y que “por eso le molesta tanto, pero tranquila que vendrán más reportajes y a lo mejor este no está tan bueno y agradecerá después que no tenga su nombre”. Lo peor no era su impertinencia, sino que se lanzara a inducir ese pensamiento tan difícil de rechazar para una persona con síndrome de inseguridad intelectual, si es que eso existe, pero “no



señora, no me interesa, si lo publicaron es porque cumple las condiciones mínimas, esto se llama derechos de autor, que seguro usted no conoce y quiero hablar con el director de edición y no me importa que todos los periódicos ya estén impresos y que todo el mundo ya haya leído Jerry en lugar de Janet, una rectificación en la próxima edición no está de más". Que Nichola me escribiera no era como levantarse y mirar un rostro familiar en el espejo, sino como que confundan tu nombre en un periódico, aunque la secretaria insistiera en que era una insignificancia.

Mientras la veía llamando de mala gana al jefe de edición, pensé que Peggy seguiría buscándome insistentemente. La noche anterior había regresado de Ámsterdam. Recién se enteró de la noticia, tomó un vuelo directo a Toronto y se quedaría en un hotel con Sam y sus hijos. Era lo más probable, al menos. La última vez que hablamos fue la noche del sábado, después de mi visita al planetario. Recibir una carta de Nichola era lo más inverosímil, pero dadas las circunstancias... Aunque tampoco me sorprendería que prefiriera desentenderse y ya sabría el contenido de esa carta, por lo que solucionaría primero el asunto del periódico y luego me ocuparía de lo que me debería ocupar. Lo que siguió en la editorial fue que el jefe de prensa apareció con un té, unas galletas y una sonrisa más impostada que las cejas de la secretaria, y con una fastidiosa cordialidad explicándome las razones, pero, sobre todo, diciendo una cosa para encubrir otra: "Figúrate que precisamente estamos buscando un reportaje sobre la paisajística de Toronto, para que aparezca en los recomendados del editor y, por supuesto, pensé en ti, ¿en quién más? Lo puedes escribir y lo publicaremos en cuanto salga la nueva edición, que será muy pronto".

Estaba enfurecida por la facilidad con que se despreocuparon del error, quizás algún Jerry del mundo estuviera arrogándose mi texto. Quería preguntarle a mi padre lo que pensaba, pero no directamente, ya podía anticipar su respuesta con el lacónico "no hay que entrometarse en la vida de los hijos", mas siempre inmiscuyéndose como un hilo de telaraña incrustado en la nariz, inadvertido, inobservable, pero



ahí insistente con su molesto cosquilleo y el no saber de dónde procede, no poder sacarlo de encima. Siempre me empeñé, infructuosamente, en averiguar su reacción ante los sucesos de mi vida. Supe que la mayoría de mis actos respondían a lo que yo creía que él esperaba de mí, tanto más cuanto más me esforzara por sustraerme de sus opiniones y él en ofrecérmelas. Una vez lo había encontrado bromeando con Sam, el esposo de Peggy, sobre su deseo de enseñarle carpintería o el funcionamiento de un coche a un varoncito y lo que había obtenido era una hija tejiendo un domingo. Ah, y escribiendo... era mordaz.

No sabía ya hacia dónde dirigirme, así que caminé hasta el museo. Quizás allí pudiera leer la carta. Cruzando la avenida había un grupo de personas promocionando paseos por el Humber River y pensé que sería útil embarcarme en uno si quería escribir ese reportaje para redimir el lugar de mi nombre. Compraría un tiquete y esperaría quince minutos a que partiera, que era el tiempo preciso para leer la carta de mi hija o llamar a Peggy (que a estas alturas ya estaría preocupada), si no fuera porque un vendedor de artesanías se acercara insistentemente a exhibir unos pequeños planetas tallados en madera que me harían recordar el planetario y las lunas de Júpiter. Solo por eso terminaría comprándole exactamente tres planetas por el precio de dos: Júpiter, Tierra y Neptuno, que en madera eran lo mismo. El barco salió hacia la cintura del Humber River. No sé qué tan grande era, pero se me hizo un océano. “*Mares sin playa*” eran las palabras que había pronunciado mi padre unas noches atrás en el hospital, antes de comentarme de sus lecturas sobre los sucesos sobrenaturales de algunas personas que supuestamente regresaron de una muerte instantánea. No sé cuánto tiempo pasó antes de escuchar los gritos de un niño que caía al agua y una madre suplicando ayuda. En un arrebato imprevisible y desconocido, me lancé al cauce, tratando de agarrar al pequeño que se hundía y extraviaba. Nadé mucho, como nunca antes, con fuerzas que no conocía, jalando un brazo que parecía inerte. Sin embargo, nadar era ahogarse, porque no sales a respirar, porque das brazadas en el vacío y no prosperas, porque no apareces en las aguas que fueron absorbidas por las botellas de náufrago con que enviaste



señales de vida, porque ni siquiera sabes si hay aguas o hay desiertos o hay primaveras o vientos o mares sin playa. De nuevo, los mares sin playa. Y no leíste la carta ni le contestaste a tu hermana Peggy, pero ya sabías lo que dirían, que están muy tristes y que quieren acompañarte. No, Nichola no diría eso. Explicaría que se había enterado de la noticia y que haría una visita rápida.

Sentí un empuje, un ánimo, un impulso imperante por socorrer al chico, por dejarme experimentar lo que es entregarse a una persona condenada y, aun así, sobrevivir. Mi obligación era sobrevivir. O sería la desesperación que sentiría una madre que pudiera perder a su hijo. Extenuada, alcancé a pisar tierra con el chico entre brazos, que me miraba con unos ojos perplejos que no puedo decir que me observaran, sino que me conminaban. Lo recosté sobre el tronco de un árbol y me tiré. Un membrillo, pensé. Nunca había visto uno, pero este podría ser un membrillo. El árbol con que mi padre, alguna vez en su infancia, había sentido descubrir un Nuevo Mundo. Para mi sorpresa no sentí miedo, más bien *sentía la calma que sentiría al vendar una herida o al mirar desde el endeble balcón de un edificio alto*. Reconocía la autoindulgencia de mi conducta salvadora. Sin embargo, sentía un alivio, que no era el mismo que sentí cuando, años atrás, al enterarme de la enfermedad de mi hija, estuve horas probándome frenéticamente vestidos y zapatos en tiendas iluminadas con luces fluorescentes y música retumbante. El taponamiento de los sentidos era otro tipo de alivio.

El chico parecía inconsciente, aunque su quietud se interrumpía con un sobresalto del cuerpo que necesitaba expulsar agua y dejar entrar aire. Yo sabía que tenía que hacer algo, pero, ¿qué? Darle respiración boca a boca o exprimir su cuerpo. Al menos tocarlo. Me sentía débil, mas podía respirar y moverme. Y aun así no pude hacer otra cosa que simplemente contemplarlo morir. Recordé cuando Nichola jugaba a hacerse la muerta en el jardín y yo fingía que preguntaba por ella. Después vino el bote, los primeros auxilios, el vómito de agua dulce, el buscar una carta desesperadamente y luego el "señora, seguramente se extravió en las aguas, lo lamentamos mucho, lo im-



portante es que se encuentran en buen estado". Luego, la ambulancia intentando acelerar en medio del tráfico. Llegamos al Hospital General de Toronto, donde *encontré a mi padre en el ala de cardiología*. Estaba recostado contra la ventana que daba al pabellón, tan sereno como lo había visto su última noche en la sala semiprivada, con la misma bata que dejaba al descubierto segmentos de piel que yo no habría tenido que conocer, cuando me enumeró las lunas de Júpiter y le dije que lo vería después de la anestesia. Una afirmación tan inmediata para enterarme después que estaba equivocada. Me contó que antes de la cirugía el médico le había recomendado dar un paseo y que el calor le provocó tomar un baño en el río, sabía que era peligroso, pero qué más da, "a mi edad el calor es distinto, más insoportable", dijo. Que lo sedujo la idea de quedarse en el agua, de dejarse hundir, y luego mencionó algo del testamento y de su necesidad de revelármelo. "Te me apareces de repente en el pensamiento como si necesitaras algo de mí", se rio. Pensé en contarle del error en el periódico, de Jerry, o que había dado un paseo en un bote y que pretendí salvar a un niño, pero que también se me había ocurrido morirme. Pensé en hablarle del membrillo, ese recuerdo de su membrillo que parecía más sano, sin embargo, tampoco le conté. No le contaría sobre la carta de Nichola que no había leído. Pero mi padre no podía verme, no podía verme llorar y yo no podía verlo más que en el cuerpo de un niño moribundo.

Un anuncio en altavoz me trajo de nuevo al horóscopo. Sentada donde estaba, en un banco frente al museo, sabía que a esta hora ya no quedaba nadie, solo los arreglos de flores fúnebres, que son en todo peores que las cifras del contador. Pensé que quizá Nichola me buscaría allí. Sé muy bien que mi automatismo de agarrar el periódico abandonado a mi lado, como sujetándome a un flotador en un océano, era la única forma de postergar la espera, de darle más tiempo a Nichola para que llegara disculpándose por algún imprevisto: tal vez se quedó dormida sumida en una pesadilla o se le extravió el camino y lo busca y lo busca y lo busca hasta no encontrarlo; o la asaltó un hipo irremediable de esos que recuerdan el imperio del cuerpo sobre el espíritu, un ovillo que se te mete por el túnel que va del abismo



del estómago a la garganta e implora una salida, tal vez esa criatura sea yo que quedé atrapada en su laringe, adolorida, impidiendo sus palabras destinadas a mí. Configuraba involuntariamente estos pensamientos y los ponía ante mi vista al lado de un abeto o de un poste de alumbrado. Hay algunos que se intentan mantener muy afuera como un árbol o un poste, petrificados, siempre por fuera de uno. No es que hubiera quedado con Nichola, pero, ¿cómo llamarle a esa esperanza de encontrar a alguien en un lugar posible, el único posible y uno sabe que imaginarlo es ya la negación del hecho?... Sabía que ella también se detendría para no entrar al funeral de su abuelo, suspendería su paso allí a medio camino y se sentaría a esperar, inmóvil como yo con un periódico en la mano. No era necesario ninguna carta para confirmarlo.

No me quedé mucho más tiempo. Me guardé con disimulo el planeta más grande de madera en el bolsillo de la chaqueta, arrugué el sobre empapado dentro del periódico y regresé a casa, tendría que llamar a Peggy. Nichola no había asistido al funeral, al igual que yo. No era que mi padre esperara eso de mí, pero cómo saberlo. Yo no lo salvaría de lo insalvable, de los mares sin playa. *Mi padre había escogido, como Nichola había escogido. Algún día, probablemente pronto, sabría de ella, pero equivaldría a lo mismo.* Lo que realmente se sabe es que no hay salvación. Solo alivios, mientras duran.

El cuento "Las lunas de Júpiter"  
pertenece al libro *Las lunas de Júpiter* (Munro, 2014a).



# Reescritura de “El sueño de mi madre”

Por Valentina Jaramillo Appleby

—Huele a nieve congelada. Me parece extraño porque no veo nieve por ningún lado, pero es claro que a eso huele. Desde el ventanal de la casa veo un tapete de flores de todos los colores que encandilan mi vista por el sol. Huele a invierno, mas es verano. Entonces pienso que debe haber algún error en esta escena. Así que me miro las manos, tal como me había enseñado la señora Shantz —empezó a contar Jill.

Sophie agudizó la mirada, como si no estuviera entendiendo lo que su madre le decía.

—Ah, claro. La señora Shantz... la conociste cuando todavía eras un bulto chillón. Era la vecina de la casa del frente. Sé que te hubiera encantado conocerla. A mí siempre me pareció una vieja fascinante. A los vecinos no les caía muy bien, tampoco a tus tías, Iona y Ailsa, decían que cada vez que la señora Shantz cumplía años terminaban pasando cosas raras en el pueblo. A tu abuela, la señora Kirkham, le daba igual; al fin y al cabo, la vieja ya estaba mal de la cabeza. Una vez, en uno de los cumpleaños de la señora Shantz, una bandada de azulejos terminó por tomarse el jardín que Ailsa tanto cuidaba. Ese tipo de cosas eran las raras, según decían. Siempre me parecieron una estupidez las brujerías que le metían a la señora Shantz. La verdad, yo pienso que a la vieja no la querían porque se terminó casando con un hombre veinte años más joven que ella y, ya sabes, eso siempre será sospechoso. En fin, la señora Shantz siempre me decía que hay que mirarse las manos para saber si uno está soñando. No sé por qué me lo repetía, pero esa vez fue lo que hice.

El agua hirvió en el fogón de la cocina del cuarto de Jill. Sophie se levantó para servir el café, porque Jill ya estaba demasiado vieja y le costaba caminar. Los dedos de sus manos eran la única parte del



cuerpo que podía seguir moviendo con la agilidad de la juventud. De modo que aún era feliz. Todas las mañanas practicaba el Concierto para violín de Mendelssohn, la pieza que tanto le había costado para su recital de graduación. La ensayaba como si debiera graduarse otra vez, con la misma sumisión de quien necesita una nota aprobatoria.

—Sí, sí. Ailsa todavía recuerda a la señora Shantz, sobre todo por el marido — interrumpió Sophie. Jill sonrió.

—Bueno, ya conoces a tu tía, siempre fue un fiasco en el amor. Quería mantener disciplinados sus afectos a como diera lugar. Pero, curiosamente, la disciplina no le bastó para meterse con el marido de la señora Shantz. ¿Sabías que en el funeral de tu padre nos prohibió llorar?

—Sí, ya me lo habías contado. Jill, ibas en que pensaste en mirarte las manos, como te había dicho la señora Shantz —le recordó Sophie, que ya empezaba a impacientarse.

77

—Es una escena cada vez más extraña. Intento mover las manos y no puedo, parece como si se me hubieran quedado pegadas al cuerpo. Siento miedo. Vuelvo a agitarlas, ya con una fuerza que es más un forcejeo, pero tampoco consigo verlas. Entonces pienso en el espejo del cuarto de Ailsa. Era el único de la casa, porque Iona odiaba mirarse, se asustaba y la señora Kirkham dejó de reconocerse por sus fallos paulatinos de memoria, por eso siempre terminaba insultando lo que veía en el espejo, decía que le parecía de muy mala educación que la señora del reflejo la imitara en todo.

Jill hizo una pausa, como intentando recordar. Hace años que entró en la edad en que las frases esperan. Giró la mirada un poco y la fijó en el estuche del violín. Luego volvió la mirada sobre Sophie, que estaba escribiendo en su libreta lo último que Jill había dicho.

—Jill, ¿qué pasa? —preguntó Sophie. Nunca le decía mamá. Se habían acostumbrado a llamarse por el nombre.



—Siempre me cuesta contar esta parte del sueño, Sophie. Desde esa noche no paro de pensar en la escena que vi en el espejo. Estoy ahí, frente al cristal del espejo de Ailsa. No es terror lo que siento. No. Es como una pequeña felicidad. Más bien una alegría. No vayas a malinterpretar lo que digo, Sophie. Tú eras una bebé llena de rabia. Me mordías los pezones cada vez que intentaba alimentarte, te retorcías como un gusano que es tragado por pájaros, aullabas con una furia teatral, insistente. Pero llegaba Iona y te callabas de inmediato. Me sentía inservible. Tú, que habías salido de mí, no soportabas ni mi olor, ni mi voz, ni mis senos, tampoco mis manos y, mucho menos, mi violín. *¿Qué hay en el llanto de un bebé que lo vuelve tan poderoso, capaz de desmoronar el orden del que uno depende, tanto dentro como fuera de sí?*

Sophie no miraba a Jill a los ojos mientras hablaba. Se clavó en su libreta, donde escribía sin pausa cada cosa que su madre le decía. Jill agarró la taza de café y regó la mitad por la tembladera de sus manos. Tomó un trago y la oleada de tos bestial que solía agarrarla por aquellos días se apoderó de ella. Sophie apuró su mano para levantarse y ayudar a Jill con unos golpecitos en la espalda. Le limpió la boca llena de saliva y le ayudó a sentarse de nuevo. Jill se veía pequeña y frágil. Parecía como si su propio cuerpo se la estuviera tragando hacia dentro. Y continuó:

—Donde queda mi cabeza veo la forma de un caracol. Por cada oreja salen unos brazos en forma de clavijas color negro. En el lugar de mi cuello se extiende una larga autopista que, en lugar de líneas, tiene cuerdas gruesas y delgadas. Sigo mirando y entiendo por qué mis manos no se habían movido hace un momento. Mi torso parece la letra “s” a cada lado y desemboca en una curvatura que se parece al trasero de la señora Shantz. Las cuerdas que se alargan hasta mi vientre comienzan a moverse y un sonido desafinado sale de ellas. Son muy parecidos a los gritos que dabas cuando me acercaba a tu cuna. Es una escena feliz, Sophie. Yo soy mi violín. Ya no somos distintos el uno para el otro. Yo ya no soy quien lo agarra para tocarlo porque él soy yo. Así que empiezo a tocarme como nunca lo había hecho. Muevo las



clavijas de mi cabeza, afino cada cuerda y el sonido empieza a salir sin esfuerzo alguno. No me toco con las manos porque ya no existen. Me toco con la mirada. Es fascinante. Los dedos, que me dolían por la hinchazón, no existen. Pienso en la pieza de Mendelssohn y las cuerdas se mueven como palabras cantadas.

Alguien interrumpió a Jill. Tocaron la puerta. Era la enfermera del hogar que venía a darle los medicamentos de la tarde. Sophie la dejó pasar y se quedó observando a su madre mientras ella se tragaba, una a una, el montón de píldoras: para el dolor de los dedos gastados por el violín, para dormir, para el corazón que ya empezaba a volverse perezoso, para que no llorara mucho ni se riera demasiado, para que los pies hinchados le entraran en los zapatos, para que le dieran ganas de comer. Sophie pensó en el tiempo que se había demorado en entender a su madre: en comprenderla con su violín. Jill siempre le había parecido una mujer difícil. No solo como madre. Era torpe relacionándose con los otros. De hecho, Sophie no terminó de entender cómo su padre se había enamorado de ella. Quizá la amó porque Jill nunca fue de esas mujeres quisquillosas y romanticonas. Siempre fue despistada con la vida, no se la tomaba muy en serio. Tampoco el amor.

La enfermera salió del cuarto y Jill no se demoró en olvidar que estaba contándole la historia del sueño a su hija por enésima vez. Entonces Sophie tuvo que recordarle de nuevo en qué parte iba. Jill olvidaba fácilmente la vida del presente. A veces, terminaba repitiendo la rutina del café de la mañana y el lavado de dientes, porque se le olvidaba que su día ya había pasado por ahí. Parecía quedarse pegada a un eterno inicio de los días. Lo único que podía recordar con fidelidad eran los años de infancia en el orfanato, sus clases de violín y la muerte de George, que terminó por dejarla sola con un bebé en la barriga. A Ailsa eso le pareció inconcebible, casi una ofensa. ¿Una mujer viuda y embarazada? Entonces terminó por llevarla a vivir con ella, Iona y la señora Kirkham. Pero *Jill no sabía nada de vivir en familia.*



—Las imágenes empiezan a ser difusas. Lo que siento es un hueco en el vientre. Siento un nudo que me aprieta el vientre. Algo se mueve dentro de mí como intentando desgarrarme para salir. De mi boca sale un bulto cubierto de una manta blanca y babosa. Bajo la mirada para ver más de cerca el rollo de mantas y saliva, y veo la forma de un bebé. Es como un muñeco de trapo. Un bebé muerto. Yo había escupido un bebé de trapo y muerto. Todo empieza a ser una pesadilla, Sophie. Siento terror. Una madre que se come a su bebé y lo vomita hecho un trapo muerto. Corro al cuarto para ver si estás ahí. No estás. Escucho que la puerta de la casa se abre. Es Iona. Grita como una loca, hecha un manojo de nervios. “¡Asesina!”, dice. Bajo la escalera y veo a Iona parada al lado del estuche del violín, que está abierto. Iona te alza y te agita con fuerza como mostrándome algo: “¡Muerta! ¡Está muerta, Jill! *Has asesinado a mi bebé*”.

Mi madre murió unos meses después. Ya estaba cansada y vieja. Las primeras veces en que me había contado ese sueño yo insistía torpemente en hacerle entender que el bebé del sueño no era yo. Que yo estaba bien. Que estaba viva. Al parecer, Jill nunca pudo superar al hijo muerto y buscó sustituirlo por otro, manteniendo la inútil ficción de que ese hijo nacería otra vez. Pero nací yo. Se obstinó en redimirse como madre y se encontró con un bebé que había nacido de la rabia y el dolor de una madre rajada, sin hijo. Luché contra Jill desde mi nacimiento, me expulsé con descaro de sus entrañas irritadas por mi furia. Ahora veo las palabras que escribí en esa última conversación que tuvimos. *Tengo la sensación de que solo entonces me convertí en hembra y Jill en madre. Algo cambió cuando dejé de insistirle en que el bebé del sueño no era yo. Nos tomó mucho tiempo asumirnos: a ella como mi madre y a mí como su hija. Sé que, al final, Jill también *asumió amarme, porque la alternativa al amor era el desastre.**

El cuento “El sueño de mi madre”  
pertenece al libro *El amor de una mujer generosa* (Munro, 2018).



5

# ALICE MUNRO SEGÚN

ANA  
MARÍA  
SHUA:



*microrreescrituras  
de "Dimensiones"  
y "Llegar a Japón"*



# POÉTICA DE ANA MARÍA SHUA

Pivotarás en las fronteras de un país de bordes difusos: por el sur encontrarás el chiste; por el este, las vastas praderas del aforismo, las frases morales y algunos pozos de autoayuda; por el oeste, el paisaje bello y atroz, siempre cambiante, de la poesía. Si exploras los intersticios de estas fronteras hallarás un sinfín de otras geografías interesantes: el manual de instrucciones, las listas, las recetas, la encuesta, la definición de diccionario... La única frontera visible estará en el norte y será una especie de cadena montañosa de trescientas palabras: si te pasas, deberás ir al exilio y a lo mejor te den asilo en el país del cuento.

A menudo sentirás que estás en territorio ajeno, procura no perderte. La clave está en permanecer en la zona franca definida por tres coordenadas que no deberás perder de vista: personaje, tiempo, espacio. Captura entonces un instante significativo y ubica a un personaje en el tiempo y el espacio. Lo demás es puro artificio: se trata, como dijimos, de oscilar en las fronteras.

Síntesis de la poética de Ana María Shua elaborada por  
Danielle Navarro a partir del libro *Cómo escribir un microrrelato*  
(Shua, 2017).



# Microrreescrituras de "Dimensiones"<sup>3</sup>

## Poema

Por Danielle Navarro

El joven hace piruetas en un vuelo gris

lo escupió con elegancia su majestad  
la camioneta.

Lo ves por los aires desde la ventana del bus.

¿Escupirá el cuerpo la vida?

En lugar del estruendoso golpe escuchas la voz del verdugo que habló  
con tus hijos  
en la otra dimensión. Dice que están bien.

Tus hijos muertos son los hijos del verdugo.  
El consuelo del verdugo es tu consuelo.  
Ellos están en la otra dimensión  
pero tú estás aquí.

¿El consuelo del verdugo es tu consuelo?

Un hilillo de espuma rosada se riega por la oreja del joven.  
Ya no respira.

---

3 El cuento "Dimensiones" pertenece al libro *Demasiada felicidad* (Munro, 2013).



¿Huyó del cuerpo la vida?

La voz del verdugo retumba de nuevo en tus oídos y te da la instrucción:

Las manos en la frente abrir la nariz desatracar la lengua.

Exhalar en la boca del muerto 1, 2, 3, 1, 2, 3.

El joven escupido en el suelo ahora respira.

Has traído al muerto de regreso

en virtud de las instrucciones del verdugo.

El consuelo ya no es el mismo.

El muerto y tú en la misma dimensión.

Otra vez: la vida.



# Lista

Por Juan Pablo Pino

## **Implementos para la redención**

- Un marido psicópata en modalidad filocida.
- Una pelea con él (la clave es que después busques refugio por una noche donde una amiga sin imaginar que a los hijos les puede pasar algo con el papá).
- Tres víctimas (se recomienda que sean tus propios hijos, en edad lo suficientemente temprana como para que no se puedan defender).
- Policías (por si alguna vecina quiere llamarlos cuando se dé cuenta de la matanza).
- Montones de tierra (hay quienes se la comen con el fin imposible de ahogar los alaridos).
- Una prisión psiquiátrica para el marido.
- Una terapeuta que acompañe tu muerte en vida.
- Dos cartas del recluso, en el siguiente orden: la primera, con un oscuro discurso de autosuperación; la segunda, con el testimonio de una reciente conexión esotérica con los niños y la invitación a que participes de ella.
- Tres buses (que comuniquen tu calle con la puerta de la prisión).
- Una buena cantidad de delirio (p. ej. para creer que son buena cosa las visitas al asesino de tus hijos).
- Una intervención divina (o, en fin, de la imprudencia de un conductor) que te sacuda el desvarío al que te sujeta el dolor anquilosado:



Cuando vayas en el bus verás que una camioneta se da contra una cuneta y que el jovencito conductor vuela por los aires y cae al lado de la carretera sin seña alguna de vida pero tú correrás a él para tomarle el pulso desaparecido mientras le destrabas la lengua y le das aire de tu boca y notas cómo su aliento regresa de quién sabe dónde al tiempo que tú también regresas de no se sabe dónde para decir con la fuerza que te queda que no te montarás al bus de nuevo y no viajarás a ninguna prisión porque el hilo de espuma roja tras la cabeza del resucitado no son sesos estripados sino jugo de fresa fresca para la sed de la vida que ahora te vuelve y comienza.



# Definición

Por Valentina Jaramillo Appleby

## Madre huérfana

Origen: de una lengua ya muerta, huérfana de hablantes. Se utilizaba para designar ese extraño acontecimiento que hace que los hijos se mueran primero que los padres.

1. loc. adj. Que ha quedado falta de hijos.
2. loc. verb. Dejar los hijos al cuidado de un padre demente.
3. loc. nom. psicol. Es el sentimiento del amor amputado.
4. loc. verb. Llegar a casa y llenarse la boca de tierra, sábanas, toallas, juguetes.
5. f. desus. Dícese del hoyo en la boca del estómago que no ha dejado de expandirse desde el día en que volvió a casa y encontró tres hijos echados contra el suelo.
6. loc. nom. Madre de tres hijos asfixiados por la almohada.
7. m. matrim. Un marido desquiciado que solo afirma fríamente: "Tú te lo buscaste".
8. f. adj. Dicho de una madre cuyos hijos ahora existen en otra dimensión: *Digo que existen, no que están vivos, porque vivos significa en nuestra misma dimensión, y no estoy diciendo que estén aquí.*



# Horóscopo

Por John Franco

## Virgo en duelo

Mañana caliente de primavera.

Saturno acaba de salir de la casa ocho y eso no puede significar otra cosa que has pasado meses de intenso dolor y sufrimiento. Es muy probable que hayas tenido tropiezos en el amor, quizá tu pareja peleó contigo y decidiste huir de la casa, y en venganza él mató a tus hijos. Cuidado con los cáncer, suelen ser muy manipuladores, atacan tu pasado y te dejan un sentimiento de culpa que no te pertenece. Es muy probable que, teniendo la luna en géminis, sientas una sensación de vacío en las entrañas, mas no te preocupes, las cosas están cambiando. Posiblemente estés a punto de tomar nuevos caminos, empezar nuevos trabajos, moverte a otra ciudad que esté a tres buses de distancia. Pero sé cauto, te estás acercando a Mercurio y puede que te choques de frente, sin esperarlo, con las nuevas formas de tu destino. Un chico volará por los aires expulsado del carro tras el choque y la voz lejana de quien ya no está contigo, de quien te arrebató la vida de tus hijos, traerá de vuelta a la vida al hijo de alguien más. Los astros se seguirán moviendo. Déjalos ir. Puedes quedarte un momento y contemplar cómo del hueco que tienes en el estómago sale un aire caliente que devuelve la vida al hijo de alguien más y la muerte se irá de largo. Y también la culpa.



# Microrreescrituras de "Llegar a Japón"<sup>4</sup>

## Instrucciones

Por Jessica Ramírez

### **Instrucciones para hacer que mamá escriba un poema**

Súbete a un tren con tu madre poeta y mientras viajan dedícate a observarla en silencio.

Recuerda la historia que te contó la abuela –esa de cuando papá era un bebé– sobre la vez que tuvo que huir de Checoslovaquia a Canadá para criar a su hijo sola. Recuerda la parte en la cual debían asfixiar a los bebés que lloraban para que los inmigrantes no fueran descubiertos en los escondites del barco de carga. Recuerda el silencio de tu padre, su ausencia, el frío en las noches de invierno. Sé como él mientras dura el viaje, aguarda en silencio, no quieres morir asfixiada en un tren.

Ríete de la risa de tu madre al recordar lo cerca que estuvo tu padre de morir con apenas unos días de nacido. Ríete de la cara de tu abuela asqueada por ese humor negro que consideraba no propio de una mujer. Ríete con la gente que conozca tu madre durante el viaje y, cuando el tren se detenga, juega, corre y salta hasta quedar rendida: debes dormir una pequeña siesta en cuanto vuelvas a él.

Despiértate, corre las cortinas de la ventana y ponte los zapatos. Confía en que tu madre estará cerca y recorre despacio el pasillo mientras miras con disimulo los otros compartimentos del tren. En uno de ellos, encuentra a tu madre teniendo sexo con el chico con el que ha-

---

4 El cuento "Llegar a Japón" pertenece al libro *Mi vida querida* (Munro, 2014b).



cía un rato habías jugado a las escondidas. No digas nada y corre tapándote la boca hasta el final del pasillo, luego siéntate en ese lugar ruidoso que hay entre vagón y vagón, pues si se te escapa un grito allí nadie podría escucharlo. Mira ensimismada el piso mientras piensas en esa mujer que es también tu madre y que no te pertenece, piensa en Greta, en Greta y Greg juntos, escondidos.

Cuando Greta te encuentre, no tienes que esforzarte por hacerle sentir una vergüenza lacerante. Ella sola logrará despreciarse. Responde con amabilidad cuando te extienda la mano para ayudarte a poner de pie. Camina junto a ella de vuelta a la litera y siéntate a mirar por la ventana. Cuando el tren llegue a su destino, ayúdala a Greta a cargar el equipaje y tómala de la mano para salir del tren. Luego suéltala y obsérvala de lejos acercarse sonriente a otro hombre. Un desconocido. Observa la escena con distancia, segura de la inexorabilidad en la relación madre e hija, y también segura de esas dos realidades separadas: Greta y ella. Greta y Katy.

Por último, recorre tu nuevo puerto como si hubieras llegado a Japón, a una realidad desconocida y extraña al tiempo que familiar.



# Lista de equipaje

Por Jessica Ramírez

## Lista de equipaje para un viaje a Japón

- Un marido
- Un tren
- Un divorcio
  
- Una vieja
- Una opinión propia
- Una niña
  - en el mismo tren–
  
- Un recuerdo
- Un amante
- Una traición
  - a la niña del tren–
  
- Un deseo
- Un nuevo puerto
  - Toronto–
- Dos mujeres
- Un desconocido



# Cuento

Por Juan Carlos Gutiérrez

Leyó una columna vieja de Harris acerca de Irán.

A Greta le sorprendió la llovizna y la luz naranja filtrada por la vidriera de ese apartamento ajeno, donde se refugiaba después de escapar de su cabaña con olor a ceniza. Llegó a Toronto para encontrarse con este Harris, un fantasma, un rifle de caucho. Había limpiado con esmero cada rincón para sentirse cómoda. Descolgó un retrato de Neruda que espantó a su hija desde el principio, quería mantenerla contenta antes de que reclamara a su padre Peter, ese abandonado. Rescató una tostada mohosa bajo el sofá y descubrió un pelo enroscado en el tarro del café.

Metieron un volante mecanografiado debajo de la puerta, habían suspendido el gas. La calefacción, el agua caliente. Quiso bañarse, se sintió apestada tras la discusión con Harris en la madrugada. Pero una ducha con agua helada era una penitencia medieval, ¿la merecía?

Solo siete coitos, eso había durado su romance, los contó, para eso sirven los números naturales o para jugar dados. Pasaría otro día oliendo a Harris. Leyó a Whitman, se quedó dormida. Despertó contemplando un diablo en origami colgado del techo. La paloma espantosa que llegaba cada mediodía gorjeaba como si se burlara. Pensó en atraparla, escribir una queja y pegarla con cinta a su pata. Volaría hasta Vancouver donde el abandonado esperaba.

Marcó el teléfono de la redacción del periódico y dijo, sin identificarse, que el artículo de Harris Bennett publicado semanas atrás era un plagio, que pertenecía a un tal Carol Vitsk, que debían verificarlo. Tardarían meses en encontrar que Carol no era más que el conserje, el dueño del gas y de ese frío castigador.



# Receta

Por Juan Carlos Gutiérrez

Procura marinar a Greta en una fiesta espesa. Ella es poeta, tiene criterio, es juguetona. Ponle licor, así penetrará la memoria del comensal. ¿Recuerdas las semillas de vanidad? Añádele dos, en unas horas ganará un fondo apenas especioso. El vestido es clave, ojalá bañes la grasita. Evita a toda costa la inoportuna degustación masculina. Los pies descalzos en un coctel académico ablandarán. Habitualmente, los zapatos se incrustan entre los dientes.

Que Greta hable poco, si conversa demasiado saciará rápido, producirá eructos. Durante la fiesta, cuídala de una atracción silenciosa guardándola en la nevera, en el mismo cazo donde la marinas. Cuando intuyas que Greta agarró el amor, déjala fría, es necesario dudar de tus intuiciones.

Tiempo después, espolvorea lujuria, sí. Un amante furtivo en la litera de un tren. Luego, hornearla en un viaje permitirá cortar una tajada limpia, un escape. La atracción saldrá del frío. Si ya lejos Greta se siente tesa y confiada, entonces exageraste la temperatura de cocción.

Prepara una guarnición que contraste con esa carne avivada por el aliño. Algo simplón, suave, cuckold. Usa un padre, un esposo, un ingeniero, tres tubérculos de la misma naturaleza. En el plato, conviene servirlos en puré, con forma de dique, así evitarás que el caldo carnívoro unte la ensalada.

Las ensaladas son digestivas, sostienen un metabolismo confiable. Una cría sana hidrata la boca. Si la vinagreta es una maternidad viscosa, fallarás. Mejor líquida, que embadurne las hojas. Ayuda mucho una cría fea, verde y fresca. Si la cría es bella, correrás el riesgo de robar protagonismo a esa carne tan elaborada.



Elige cualquier carne y prefiere conocer el hambre de tus comensales. El postre debe ser un final infeliz. Reencuentros, regresos, restituciones, dulces así constiparán y terminarán arruinando el éxito de cualquier comilona.



# Aforismo

Por Carolina Vásquez

## **Pecado**

Una madre no se debe permitir poner la atención en otra parte. Pero si lo hace, si encuentra a su hija arrinconada en el espacio de intersección de los vagones después de arrebatarse con un tipo desconocido que la dejó al borde del llanto en la litera de un tren, lo menos sería que se entregase al autodesprecio cuando su hija la rechace porque huele mal. El olor asegura que nada fue mentira.







# Bibliografía

- Chisholm, A. (2010). *Curso práctico de poesía: un método sencillo para todos los que escriben poesía o aspiran a escribirla*. Alba.
- Cortázar, J. (1993). Algunos aspectos del cuento. En L. Zavala (ed), *Teorías del cuento I: Teorías de los cuentistas* (pp. 303-324). Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Gillard, J. (2019). *Escritura creativa* (L. Estefanía, Trad.). Factotum.
- Giraldo, E. (ed.). (2018). *Control de cambios: ejercicios de escritura creativa*. Editorial Eafit.
- Hemingway, E. (2006). *Muerte en la tarde* (L. de Aguado, Trad.). Debolsillo.
- Munro, A. (1982). What is real? En J. Metcalf (ed.). *Making it New: Contemporary Canadian Stories* (pp. 23-26). Methuen.
- Munro, A. (2013). *Demasiada felicidad* (F. Casas, Trad.). Random House Mondadori.
- Munro, A. (2014a). *Las lunas de Júpiter* (E. Pérez, Trad.). Debolsillo.
- Munro, A. (2014b). *Mi vida querida* (E. Vásquez Nacarino, Trad.). Random House Mondadori.
- Munro, A. (2014c). *Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio* (M. Cohen, Trad.). Random House Mondadori.
- Munro, A. (2015). *Escapada*. Penguin Random House.
- Munro, A. (2018). *El amor de una mujer generosa*. Debolsillo.
- O'Connor, F. (1993). Para escribir cuentos. En L. Zavala (ed), *Teorías del cuento III: Poéticas de la brevedad* (pp. 311-326). Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.



Salceda, H. (ed.). (2016). *Atlas de literatura potencial 1: Ideas potentes*.  
Pepitas de Calabaza.

Sánchez, P. (ed.). (2019). *Atlas de literatura potencial 2: Textos potentes*.  
Pepitas de Calabaza.

Shua, A. M. (2017). *Cómo escribir un microrrelato*. Alba.



# LOS AUTORES



## Carolina Vásquez

De sus lecturas de ficciones vinieron las preguntas por la psicología humana. En ellas encontró un primer estímulo e impulso hacia el estudio de los fenómenos psíquicos, en especial, de las expresiones de lo inconsciente, de cuyo campo aprendió que escuchar es también leer o que la lectura es otra forma de la escucha. La psicología y el psicoanálisis la llevan siempre de vuelta a la literatura, que es punto de partida y también destino. Es psicóloga y, actualmente, cursa la maestría en Estudios Humanísticos en Eafit.

De Munro se queda con la frase: “En tu vida hay unos pocos lugares, o quizá uno solo, donde ocurrió algo. Después están todos los demás”.

[cvasquezvillegas96@gmail.com](mailto:cvasquezvillegas96@gmail.com)

## Danielle Navarro

Muy interesada en la mediación de la literatura: soportes, lenguajes, formatos y escenarios. A su estilo, ha sido mediadora de lectura en redes sociales con videos, reseñas y posts. Ha explorado diversas formas de divulgar y estimular la recepción literaria, desde la elaboración de contenidos hasta el diseño de metodologías para motivar la escritura a partir de la lectura.

Es comunicadora social e hizo una maestría en Hermenéutica Literaria. Inició la línea de formación en literatura en la Escuela de Arte de Comfama, donde dio clases de lectura creativa y escritura.

De Munro se queda con la escena de “Ficción” en la que Joyce se descubre leyendo la historia de su vida en una obra literaria. Luego de la lectura, se reconcilia con el pasado y acepta que, a veces, a costa de la propia desgracia, otros son felices. Eso también es justicia.

[daniellenavarrob@gmail.com](mailto:daniellenavarrob@gmail.com)

<https://www.instagram.com/amonitasobrelibros/>

<https://medium.com/@daniellenavarro>



## Jessica Ramírez

Inició su recorrido en el mundo de las artes a muy temprana edad, como bailarina de ballet. La obra de la bailarina Pina Bausch es su gran referente en la danza y motiva sus preguntas alrededor de la relación cuerpo, performatividad y escritura. Luego incursionó en la música como baterista y exploró géneros como el jazz, el blues y el rock.

Actualmente, es estudiante del pregrado en Literatura de la Universidad Eafit y coordina el Semillero de Investigación en Narrativa y Hermenéutica Literaria. Está muy interesada en el campo de la hermenéutica y en preguntas que unen la literatura con otras artes y con la vida misma.

De Munro se queda con la agudeza de Joyce en “Ficción”, con el humor negro de Greta en “Llegar a Japón” y con ese impulso de muchos de sus personajes femeninos de querer huir como de la peste de todo lo que entraña alguna utilidad.

[jrami123@gmail.com](mailto:jrami123@gmail.com)

## John Franco

Nació en Medellín en 1987. Estudió Humanidades Clásicas y Estudios Religiosos en Dublín y Salamanca, Filología en la Universidad de Antioquia y, actualmente, cursa la maestría en Estudios Humanísticos en la Universidad Eafit. Es docente de lectura, escritura e investigación. Desea continuar su labor como docente, investigador y escritor. En 2017 publicó su primer libro de poemas titulado *Aquí no hay otoño*.

De Alice Munro se queda con el silencio de los hombres que apenas se intuyen en su literatura.

[johnfranco153@gmail.com](mailto:johnfranco153@gmail.com)



## Juan Carlos Gutiérrez

Cuenta con más de 35 años de experiencia leyendo y escribiendo. Dibuja y pinta desde los cuatro años y, aunque descuida ese vicio, no lo olvida. Siente que la literatura es una puerta angosta y evita transigir en eso. Es de profesión ingeniero y recientemente diseñó la ventilación del purgatorio, la cual sirvió, hay comentarios positivos. Conoció a Alice por una publicidad sueca y no le paró bolas. Después, lo convencieron de que Alice era un camino largo, un ojo que parpadeaba en periodos perezosos y cambiaba los trances de las historias. Ahora la lee como un manual para entender el orden de la vida, con personajes de un sexto continente donde no matan tanto. A veces, saca ese ojo de Alice para dosificar el mal en sus ficciones. Porque sí, Juan a veces escribe ficciones llenas de maldad que parecen collages o cárceles, las escribe para definir de qué lado de la dichosa puerta toca despertarse.

<https://twitter.com/juangutime>

## Juan Pablo Pino

Profesor asesor del semillero y adscrito al Departamento de Humanidades de la Universidad Eafit. Doctor en Literatura de la Universidad de Hamburgo y egresado de la Universidad de Antioquia por el pregrado de Filosofía y la maestría en Literatura Colombiana. Le parece que la poesía es una gimnasia muy efectiva, por ejemplo, cuando un poema le dice que “el mundo es eso:/ el hambre, la pregunta,/ el rictus/ el no saber a dónde mirar cuando nos llaman”. También se encariña con los hallazgos de los primatólogos.

De Munro se queda con la prosa de las cartas que, en el cuento “Dimensiones”, Lloyd le envía desde la cárcel psiquiátrica a su esposa Doree, un añito después de que él mismo matara a los tres hijos que tenían en común. Todavía no da con el adjetivo que coloree el escalofrío de cada relectura.

[jppinop@eafit.edu.co](mailto:jppinop@eafit.edu.co)



## Maria Camila Alzate

Lectora casi de nacimiento. Descubrió la poesía cuando rondaba los dieciocho años y desde entonces se dio cuenta de que las inquietudes que le generaba la literatura iban más allá de algo ocasional y decidió que quería hacer de ella un pilar de su vida. Está interesada principalmente en las escrituras de las mujeres.

Es economista de profesión. Estudió la maestría en Ciencias Económicas en la Universidad Nacional y la maestría en Hermenéutica Literaria en la Universidad Eafit. Actualmente, se dedica a su trabajo de economista de día y en la noche se entrega a sus pasiones literarias.

De Munro se queda con la escena final del cuento “La paz de Utrecht”, en la que se presenta un estallido catártico de lo que ha sido callado entre las hermanas Hellen y Maddy con respecto al devenir de su vida, luego de la enfermedad de la madre.

[mcalzatet@eafit.edu.co](mailto:mcalzatet@eafit.edu.co)

[https://www.instagram.com/carmila\\_alz/](https://www.instagram.com/carmila_alz/)

## Valentina Jaramillo Appleby

Su encuentro con la literatura no fue siempre alegre. Las lecturas obligadas de la infancia la hicieron detestarla y fue solo cuando pudo elegir un libro a su manera que la literatura se convirtió en una compañía vital.

La lectura ha estado presente en su vida de muchas maneras. De ahí su interés en estudiar psicología, que es otro modo de leer las vidas humanas. Actualmente, es estudiante de la maestría en Estudios Humanísticos de la Universidad Eafit, donde está explorando la figura del lector de literatura en relación con sentimientos morales, tales como la empatía.

De Munro se queda con la frase: “La vida de la gente es suficientemente interesante si tú consigues captarla tal cual es, monótona, sencilla, increíble, insondable”.

[valentinajja@gmail.com](mailto:valentinajja@gmail.com)



## Yaneri Vacca Jimeno

Cuando le preguntan por literatura o estudios literarios, suele evocar la distinción que hacen René Wellek y Austin Warren, en su texto sobre teoría literaria, que afirma que, si bien la primera es un arte creativo, la segunda es una especie de saber o erudición. Esto lo complementa al señalar la importancia que tienen para ella la investigación y la hermenéutica literaria en el desarrollo social y cultural desde las humanidades.

Es profesional en Estudios Literarios y magíster en Hermenéutica Literaria. Su pasión por las letras se forjó desde muy joven en la biblioteca de sus padres docentes, quienes, además, le inculcaron el amor por la academia.

De Munro se queda con la frase: “La memoria es la forma en que seguimos contándonos a nosotros mismos nuestras historias”.

[jimeno.yane@gmail.com](mailto:jimeno.yane@gmail.com)

<https://www.instagram.com/dykaffy>





*Pusimos a reaccionar cuentos, autores y poéticas en la máquina  
perezosa y obtuvimos este libro semillerista como resultado  
de investigación-creación del proyecto “Alice Munro y las  
representaciones literarias de la vida buena”, ejecutado durante  
una pandemia. La tipografía pertenece a la familia Argesta.  
Usamos text, italic y bold para los textos corridos y Argesta  
Headline para titulares.*



# REESCRIBIR A ALICE MUNRO:

*Experimentos  
de lectura creativa con  
Flannery O'Connor,  
Ernest Hemingway,  
Julio Cortázar  
y Ana María Shua*

Sin-H: Semillero de Investigación en Narrativa y  
Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT